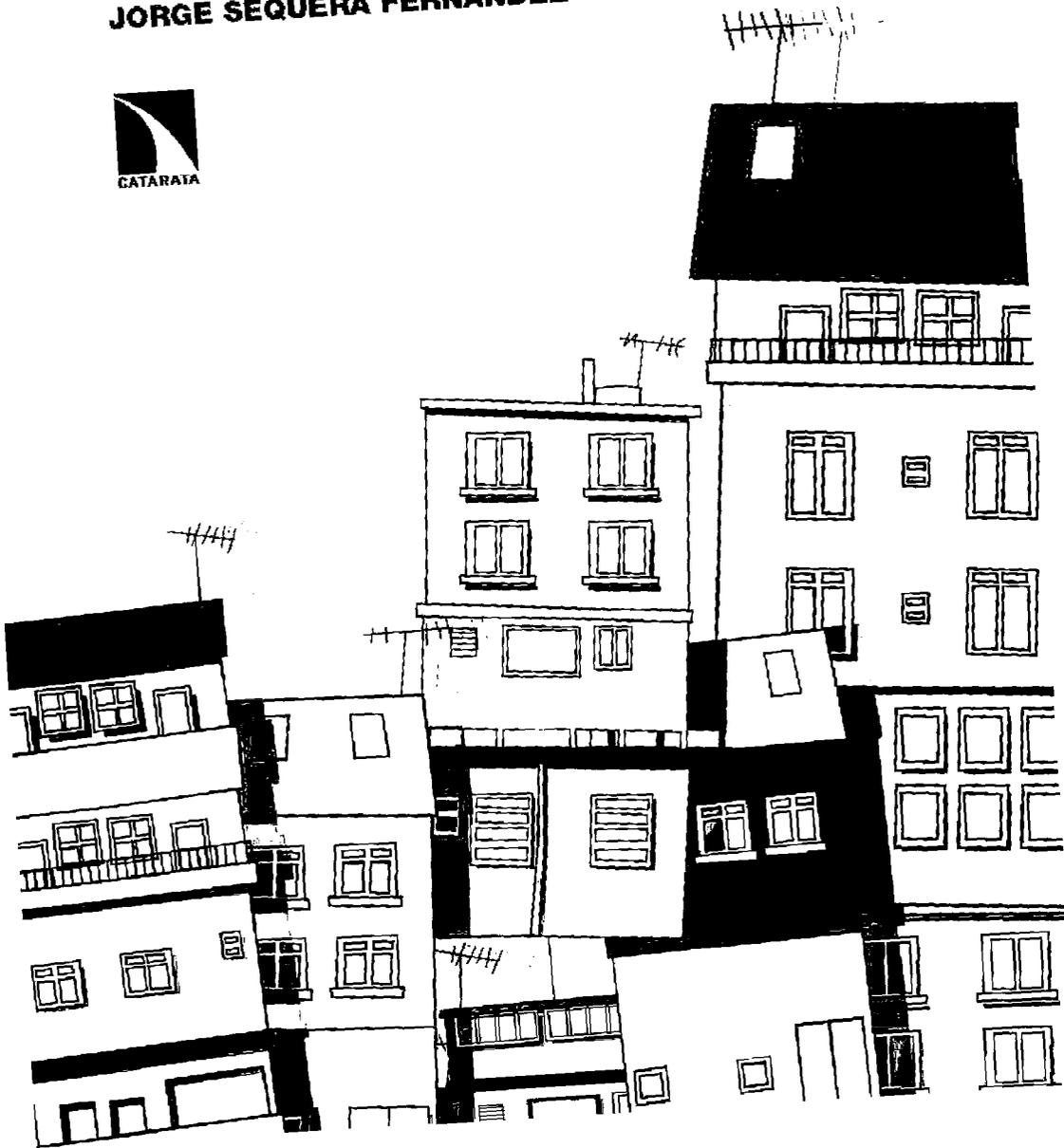


ganz1912

GENTRIFICACIÓN

CAPITALISMO COOL, TURISMO Y
CONTROL DEL ESPACIO URBANO

JORGE SEQUERA FERNÁNDEZ



Jorge Sequera Fernández

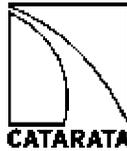
Doctor en Sociología por la UCM, profesor en la UNED e investigador colaborador en el Instituto CICS.NOVA de la Universidad Nova de Lisboa. Sus líneas de investigación abordan fenómenos claves de la sociedad posfordista y la metrópolis, como el consumo, los estilos de vida, las nuevas clases medias, la segregación residencial, la exclusión social, la sociedad de control, la gentrificación, la turistificación, los movimientos sociales urbanos y la protesta social.

ganz1912

Jorge Sequera Fernández

Gentrificación

Capitalismo cool, turismo y control del espacio urbano



colección investigación y debate

Este libro se enmarca en el proyecto “LIKEALOCAL: efectos socioespaciales de Airbnb. Turismo y transformación en cuatro ciudades de España” (RTI2018-093479-A-I00) financiado por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades

Ilustración de cubierta: BOMBERCLAAD/GETTY IMAGES

© Jorge SEQUERA FERNÁNDEZ, 2020

© Los libros de la Catarata, 2020

Fuencarral, 70

28004 Madrid

Tel. 91 532 20 77

www.catarata.org

Gentrificación.

Capitalismo cool, turismo y control del espacio urbano

isbne: 978-84-1352-021-6

ISBN: 978-84-9097-977-8

DEPÓSITO LEGAL: M-12.785-2020

THEMA: RPC/AMK

este libro ha sido editado para ser distribuido. La intención de los editores es que sea utilizado lo más ampliamente posible, que sean adquiridos originales para permitir la edición de otros nuevos y que, de reproducir partes, se haga constar el título y la autoría.

ganz1912

Este libro se ha tejido en las calles de Lavapiés, de Harlem y del Greenwich. De Brixton, de San Telmo y de La Boca. En Santa Ana y en el Rastro de Madrid. En Puente de Vallecas y en las callejuelas de Alfama y Mouraria.

A Bego y Lola

Capítulo 1

¿Qué es la gentrificación?

La gentrificación es la expulsión de gentes, prácticas y saberes de un territorio concreto a través de la reinversión de capital público y/o privado y la incorporación de una población con mayor capital económico o cultural. Tiene lugar en áreas urbanas populares cuya renovación está íntimamente relacionada con la especulación inmobiliaria, el desplazamiento de la población más humilde y la conversión en zonas de moda frecuentadas por personas con un alto capital económico y/o cultural.

Esta idea, que surge en la década de los sesenta del siglo pasado y se desarrolla entre los setenta y los ochenta — fundamentalmente en el mundo anglosajón— tiene su auge a finales del siglo XX, cuando se articula en torno a fenómenos como las ciudades globales, la globalización, el neoliberalismo, el posfordismo, la exclusión social y la polarización, la privatización, los espacios públicos y los derechos de ciudadanía, las geografías del consumo, las políticas de vivienda, los mecanismos de organización de la comunidad, el cambio social y los efectos, en definitiva, del cambio urbano. Chris Hamnett (1991: 172-174) explica ese renovado interés, advirtiendo que la gentrificación se ha convertido en un fenómeno urbano a estudiar, que aporta una mayor capacidad analítica que las teorías tradicionales de la estructura social o de la localización residencial en la transformación urbana. En este sentido, considera que es un problema político relevante que incluye la regeneración urbana y sus costes de desplazamiento, por lo que se constituye en uno de los procesos clave de la reestructuración de la metrópolis contemporánea.

Desde que este concepto emergió como herramienta explicativa de las fuertes transformaciones espaciales en la

metrópolis, las grandes tendencias se dividieron epistemológicamente en dos grupos: el que analizaba la gentrificación desde la demanda (culturalistas) y el que se centraba en la oferta (neomarxistas). En la actualidad, estos grupos se han ido entremezclando progresivamente, como veremos más adelante. Un referente del primero es David Ley (1986), quien se acerca a la gentrificación con el argumento de que el consumo es el elemento ideologizador y transformador de la clase media y de la “sociedad posindustrial”; es decir, el factor determinante para revalorizar un espacio concreto. Dentro de la segunda corriente, encontramos a Neil Smith (1996: 42), que busca la explicación desde el punto de vista de la producción —y por tanto, de una manera estructural—, como una expresión de la reestructuración urbana que es impulsada por las demandas del capitalismo avanzado (Benach, 2018). Estas dos posturas han ido estableciendo características comunes, considerando las peculiaridades locales que adquiere la gentrificación en cada área analizada. En definitiva, lo que comenzó como un debate desde ópticas prácticamente excluyentes, acabó por articularse hasta llegar a incorporar, en los estudios contemporáneos, elementos de ambas corrientes.

La integración de las explicaciones culturales y del capital ha sido vital para el desarrollo del propio concepto de gentrificación, ya que ambas razones, las culturales y las económicas, están cada vez más íntimamente relacionadas, y las dos son cada vez más difícilmente extrapolables. La oferta y la demanda, lo económico y lo cultural, la estructura y la agencia. De este modo, entiendo la gentrificación como uno de los principales mecanismos contemporáneos de gestión urbana neoliberal, que, como veremos, se oculta bajo conceptos tan ambiguos como regeneración, revitalización o renacimiento.

En este sentido, Neil Smith (2002: 437) reconoce que la generalización de la gentrificación se puede interpretar como una estrategia global aplicada, parte de un urbanismo revanchista, que abarca complejos procesos de luchas de clases en planos políticos, simbólicos y económicos. La globalización, el neoliberalismo y el lugar operan, de modo interdependiente, a diferentes escalas y deberán ser analizados con claridad. Si bien ya existen interesantes trabajos que sistematizan lo acontecido en España y Latinoamérica con el uso teórico de la gentrificación (Janoschka, Sequera y Salinas, 2014), y en otras partes del mundo (Lees, Shin y López-Morales, 2015), que visibilizan los conflictos relativos a la reapropiación capitalista de los espacios urbanos (Slater, 2006; Lees et al., 2008), en este primer capítulo examinaremos el concepto de gentrificación a través de la perspectiva anglosajona tras cincuenta años de construcción teórica (Sequera, 2015). Para ello, partiremos de una adaptación de la premisa dada por Davidson y Lees (2005: 1187) para pensar en la gentrificación bajo cuatro condiciones que deben cumplirse: 1) la reinversión de capital; 2) la entrada de grupos sociales de más altos ingresos, 3) los cambios en el paisaje urbano y 4) el desplazamiento directo o indirecto de grupos sociales de ingresos bajos.

La inversión de capital público y privado

La gentrificación se da en áreas urbanas afectadas por una desinversión previa en infraestructuras (sociales y urbanas) que ha dejado vecindarios lucrativamente atractivos para este proceso de renovación. Inicialmente, afecta a barrios obreros en declive y su mecanismo central, siguiendo a Smith (1996), es la rent gap (diferencial de renta): cuando los barrios sufren desinversión, baja la renta del suelo que puede extraerse en esa zona, y por ende descienden los precios de compra y de alquiler de inmuebles. A medida que continúa la desinversión, el abismo que separa la renta del suelo en esta zona de la renta del suelo que podría obtenerse en caso de remodelación crece hasta el punto de que la reinversión comienza a ser rentable. Todo esto no ocurre por azar, sino bajo la injerencia fundamental de los agentes externos (gobiernos, promotores inmobiliarios, entidades financieras).

Neil Smith (1979) ha centrado sus análisis en los actores financieros y especulativos desde una perspectiva neomarxista. Para ello, tomó como punto de partida la oferta de viviendas y espacios que podían ser susceptibles de sufrir este proceso. Aunque en su propuesta contempla tanto la oferta como la demanda, prioriza su análisis en el estudio de la oferta. Su concepto principal, como ya hemos mencionado anteriormente, es la rent gap. Para explicarla, aborda lo ocurrido en diversos barrios de la ciudad de Nueva York, como el Lower East Side o Harlem. En estos análisis interpreta que un barrio que se gentrifica lo hace mediante la combinación de la civil class

(civilidad burguesa), con la formación de normas sociales que refuercen la buena vecindad contra una incivil class (incivilidad) popular que no acepta esas normas (Smith, 1996: 17). Del mismo modo, hace referencia a la entrada de la industria cultural y su séquito, que convierten rápidamente el deterioro urbano en un producto chic. Esta combinación entre arte y gentrificación la encontramos ya en el reconocido artículo "The fine art of gentrification" (Deutsche y Ryan, 1984), donde se interpreta que la complicidad del arte con la gentrificación no es casual, sino que es un dispositivo importante de este complejo proceso.

Una buena ubicación, en palabras del propio Smith (1996: 20), significa dinero. De este modo, el autor definió la gentrificación como un novedoso conjunto de procesos y una de las principales líneas de ataque capitalista de la reestructuración metropolitana contemporánea. Según su postura, estos cambios sucedidos desde la década de los setenta del siglo pasado son en la práctica un cambio del modelo fordista al posfordista, es decir, de una regulación rígida a un modo más flexible de acumulación

Siguiendo con Neil Smith, una teoría de la gentrificación debe explicar por qué algunos barrios son rentables para reconstruir, mientras que otros no lo son. ¿Cuáles son esas condiciones de rentabilidad? Para su análisis nos remite a una interpretación marxista del espacio, en la que el suelo y las mejoras construidas sobre este se convierten en mercancías y los derechos de propiedad confieren al dueño un control monopolístico del uso y el sentido que se quiere aportar a esa "renovación urbana". Uno de los procesos clásicos de la rent gap, por ejemplo, consistirá en la desinversión de los propietarios, al negarse a hacer las reparaciones y pagar solo lo necesario. El objetivo de esta acción no es más que la

desvalorización y la depreciación del capital invertido en estos barrios, para que, posteriormente, cuando se produzcan las condiciones económicas objetivas, provoque la revalorización del capital inmobiliario, como respuesta dentro de la lógica del mercado capitalista. De esta manera, la rent gap aparece como la disparidad entre la posible renta del suelo y la renta real en el uso actual. En definitiva, la gentrificación se produce cuando la diferencia es lo suficientemente amplia para que los promotores puedan comprar a bajo precio y, cuando sea beneficioso, realizar una rehabilitación para vender el producto final por un precio que deja una importante plusvalía. Y así comenzar un nuevo ciclo de uso o, lo que es lo mismo, un nuevo ciclo de acumulación y reproducción de capital.

En consecuencia, el mercado se interpreta como la solución central de los problemas urbanos en lugar de su principal problema. Así, la complicidad de los actores del mercado y la Administración pública en la aplicación de la agenda neoliberal urbana, es una de las piezas fundamentales en este proceso. En este sentido, diferentes autores han observado el cambio dramático en el papel que ha tenido el Estado en el refuerzo de las actuales políticas de gentrificación (Smith, 2002; Lees et al., 2008). Por ejemplo, Davidson (2008) y Rousseau (2009) hablan del state-led (dirigido por el Estado), es decir, procesos de gentrificación dirigidos por las políticas públicas que se materializan en asociaciones público-privadas destinadas a la regeneración (Doucet et al., 2011a, 2011b; Butler, 2007), la recuperación de áreas fabriles o la renovación de barrios de los centros históricos para satisfacer las demandas de los consumidores de clase media y alta. Como afirma Jamie Peck (2006: 681), el Estado está realizando en la actualidad una serie de políticas de recuperación de la ciudad para los negocios, para la clase media y, en definitiva, para el mercado. En todos

estos procesos, el Estado no solo organiza activamente la desposesión, sino que también lleva a cabo una potente estrategia discursiva para legitimar su acción, que es parte de una “ideología revanchista” (Smith, 1996) diseñada para que las clases medias y altas vuelvan a tomar el centro de la ciudad.

Más allá de sus efectos concretos, la gentrificación, como potente mecanismo económico y político, resultado de la gestión capitalista de lo urbano, ha quedado oculta bajo conceptos como la renovación, regeneración o revitalización de la ciudad. Tom Slater (2006: 738) resuelve que el proyecto neoliberal despliega un lenguaje cuidadosamente seleccionado para defenderse de las críticas y de la resistencia, y que llega a impregnar el propio cientificismo social. Bajo estas nociones adoptadas en positivo se facilita realmente que los gobiernos locales y regionales usen este proceso en términos de política pública y de inversión, trabajando con el sector privado y con los promotores urbanos para establecer la consolidación de estos procesos segregadores.

Esta reinversión de capital tiene como consecuencia la entrada de grupos sociales de más altos ingresos que, a partir de una serie de mecanismos que veremos a continuación, son atraídos al centro de las ciudades.

La colonización de población con mayor capital económico y/o cultural

Para explicar las causas o las consecuencias de la gentrificación, muchos científicos sociales han decidido apostar por el estudio de los individuos y grupos sociales que deciden trasladarse a los barrios en proceso de rehabilitación o rehabilitados. Como ya hemos advertido, uno de sus principales exponentes ha sido David Ley. Para este autor, la transformación del trabajo y su reubicación urbana se convierte en elemento clave para comprender este proceso. En las sociedades modernas, compuestas por trabajos especializados, alta tecnología, informacional, etc., esta clase social —los white collar (trabajadores cualificados/de cuello blanco)— está siendo fuertemente atraída por la vida urbana y las ventajas que proporcionan los centros de las ciudades. Además, Ley (1996) asegura que los distintos gobiernos han acelerado este proceso mediante inversiones públicas, ventajas fiscales o subsidios para la rehabilitación, lo que ha repercutido en el aumento del precio del suelo y, por ende, en las expectativas lucrativas de los propietarios. A pesar de ello, este autor no quiso integrar en su análisis el papel del mercado, del suelo y de la vivienda, sino que solo consideraba determinante la demanda de potenciales gentrificadores en el devenir de un barrio; en consecuencia, quienes determinaban su configuración eran tan solo las pautas culturales de estas nuevas clases medias.

A pesar de que la corriente teórica de la consumption-side (perspectiva del consumo) tan solo ha explicado la

gentrificación como consecuencia de los cambios en la estructura industrial y ocupacional de las ciudades capitalistas avanzadas, este tipo de literatura es útil porque se ha analizado quiénes son los gentrificadores, de dónde vienen o por qué han elegido vivir en barrios previamente desvalorizados. Esto, como veremos, tiene una complejidad extrema, y las razones varían de un lugar a otro. Así, cuando comenzó esta corriente, las tesis posindustriales y de la profesionalización querían mostrar cómo se producía al gentrificador. Al respecto, argumentan que la gentrificación representaba una nueva fase en el desarrollo urbano en la que los factores del consumo, el gusto y la estética eran claves en el desarrollo vital de esta nueva clase media que abandonaba la suburbanización por un urbanismo alternativo.

Este fenómeno ocurre en las ciudades anglosajonas ya desde finales de los años sesenta del siglo XX, cuando grandes cambios en la estructura social y cultural conformaron unas necesidades-deseos que rompieron con el periodo anterior. Esto hizo que muchos de los llamados gentrificadores (*gentrifiers*) escaparan de la rutinaria vida de los suburbios en busca de nuevas experiencias en el centro de las ciudades. Esta diferencia de clase se hace patente cuando las *cultural new classes* ven la ciudad central como un símbolo de distinción frente a la vida en los suburbios (Ley, 1996: 211). Por tanto, la estética de la gentrificación se expresa y se constituye a partir de los gustos de estas clases medias. Lo que caracteriza este nuevo tipo de consumo es el énfasis en los temas estético-culturales distintivos: en el consumo artístico, el arte como configurador de la nueva clase media, como estatus simbólico y medio de expresión de uno mismo. Como bien aprecian Ley y Mills (1993), el rápido cambio del hippie al yuppie, el boom del sector inmobiliario y la llegada de mercados posmodernos y un consumo conspicuo, así como la mercantilización de la estética

del arte y los estilos de vida artísticos generaron nuevos intereses en los potenciales gentrificadores. Este proceso ha fortalecido nuevas formaciones de clase media y media-alta, que emergen como sectores en expansión a través de identidades concretas tales como los artistas o la clase creativa (como veremos en el capítulo 2).

Posteriormente, y a diferencia de estos autores, Butler (1997) decidió indagar en la complejidad de las decisiones de los gentrificadores mismos. De esta forma, investigó el tipo de grupos sociales que se trasladaban a ciertos barrios de Londres. Esta nueva clase media (*new middle class*) está atraída por procesos como la mezcla social (*social mixing*) o las identidades y políticas contraculturales. En Londres, los gentrificadores entrevistados por Butler en el barrio de Hackney eran lectores de *The Guardian*, votantes laboristas y de orientación ideológica progresista, lo que desafía la asunción de que los gentrificadores eran solo *yuppies* invasores. Más allá de conceptos pasados de moda, como el de los *yuppies*, el enfoque de todos estos autores residía en los gentrificadores, que pretenden distinguirse de otros grupos sociales por el barrio que eligen para vivir.

Por tanto, las dinámicas de consumo pasan a formar parte de los mecanismos de gentrificación, reorganizando el espacio social, cultural y económicamente. En esta búsqueda también se trata de descifrar la cultura de consumo hedonista, que puede venir derivada tanto de prácticas sociales más o menos conformistas como de movimientos alternativos y prácticas transgresoras. Entre los resultados del amplio trabajo de campo realizado en seis barrios de Londres (Butler, 2002), podríamos resaltar los siguientes puntos: a) el lugar de residencia es elegido como estrategia para hacer frente al hecho de vivir en un centro metropolitano globalizado; b) las áreas elegidas se

priorizan según el despliegue de capital cultural, económico y social; y c) la importancia en el enclave elegido reside en facetas como la vida nocturna, la centralidad, el ocio, la arquitectura o la multiculturalidad. Con este tipo de estudios, se pretendió ir un paso más allá del análisis cuantitativo basado en las características sociodemográficas, tratando de inmiscuirse en los estilos de vida, la política, el consumo o la ideología.

En cualquier caso, toda explicación desde el punto de vista del consumo debe ser utilizada con cautela, ya que esta corriente teórica puede desviar la atención de los efectos negativos del proceso. De hecho, en algunos de estos estudios señalan que solo se menciona a la clase trabajadora para explicar cómo se siente o se define la clase media. Así, en el estudio de Butler (2003), por ejemplo, se señala cómo en la localidad de Barnsbury (al norte de Londres) los gentrificadores valoran la presencia de la clase obrera, pero sin interactuar con ella: el valor reside metafóricamente en una especie de decorado social que es utilizado como recurso por dichas clases medias. Asimismo, Lees, Slater y Wily (Lees et al., 2008: 123-124) consideran que las interpretaciones desde el punto de vista del consumo no han influenciado demasiado en las estrategias para resistir la gentrificación, por lo que entienden que el estudio sobre los gentrificadores debería ser crítico y teóricamente más sofisticado. De hecho, la idea que plantean no es culpabilizar a los gentrificadores, sino analizar por qué otros no tienen esas condiciones de vida y, por ende, sufren los efectos negativos del movimiento de estos profesionales.

Transformaciones del paisaje urbano

y comercial

La relación entre la atracción de determinado capital humano y la concentración espacial en el centro de las ciudades debe ser articulada con los procesos de gentrificación que sufren especialmente ciertos barrios o áreas de las grandes metrópolis, a partir de la generación de una serie de lógicas dentro de las políticas urbanas que jerarquizan la presencia de recursos en infraestructuras concretas: los equipamientos culturales, la instalación de instituciones universitarias y de alta formación, o una oferta de mercado residencial atractivo que consolida la localización de estas nuevas clases medias. Estas estrategias de desarrollo son especialmente importantes en lugares que poseen un patrimonio artístico, cultural, histórico o arquitectónico relevante, tanto comercial como residencial, lo que acarrea problemas incluso a los barrios residenciales adyacentes. Por lo tanto, la reconversión de este paisaje urbano nos hace tener en cuenta la estética de la gentrificación, como se reconoce en la preciada obra de Sharon Zukin (1989). En ella se analiza cómo el arte puede actuar como productor de la gentrificación, algo que en el Soho neoyorquino respondió a una estrategia de grandes inversores para controlar un clima de inversión inmobiliario inestable, utilizando las industrias culturales como herramienta para atraer capital. Asimismo, esta autora mostró cómo el capital utilizó esta misma herramienta para abrir al mercado inmobiliario la desvalorizada

industria abandonada del centro de las ciudades: así, las nuevas clases medias se mudaban a los lofts, aquellas residencias precarias de bohemios, artistas o población excluida, ahora mercantilizadas. De esta forma, se construía una conexión entre el espacio, la identidad y la estética.

Al respecto, Zukin definía este proceso como el “modo de producción artístico”, basado en el uso por parte de inversores de la industria cultural como herramienta para atraer capital. Los inversores redirigían, y redirigen aún, su atención a estrategias de consumo cultural, obteniendo los beneficios del entorno construido. En su análisis, la autora tomaba como ejemplo los lofts, para aclarar que las formas de vida de los artistas se habían convertido en un modelo cultural para la clase media; y las viejas fábricas, en medio de expresión para la sociedad postindustrial. No obstante, como nos recuerda Zukin, las verdaderas connotaciones de los lofts son bien distintas: “Solo las personas que no conocen el vapor y el sudor de una fábrica pueden ver el espacio industrial como algo romántico o interesante” (ibidem: 54).

Así, entre otros cambios urbanos que encontramos, se encuentra lo que se denominó *commercial gentrification* (gentrificación comercial) (González y Waley, 2012). La gentrificación comercial estudia los procesos por los que establecimientos con productos asequibles para una población de bajos ingresos están siendo desplazados, en los barrios gentrificados, por establecimientos para consumidores de clase media-alta. En la actualidad, son los propios mercados tradicionales¹ los que se encuentran cercados por esa disyuntiva entre decadencia y renovación, por lo que se han convertido en nuevos nichos de consumo, modificando sus usos, sus precios y sus productos para clientes onerosos o turistas. Evidentemente, esto tiene como consecuencia el desplazamiento tanto de

ciertos comerciantes como de los clientes con menos recursos. Las dinámicas relacionadas con la vida nocturna (Nofre et al., 2018) o la studentification (de Erasmus y de ciudades-campus universitario) (Malet, 2017), serían otros ejemplos que muestran cómo nuevas formas, actores y espacios están detrás de procesos de gentrificación.

Otro de los fenómenos relacionados ha sido lo que Gotham llamó *tourism gentrification* (gentrificación turística) (Gotham, 2005: 1099), es decir, la transformación de un barrio en un enclave exclusivo donde se han asentado grandes empresas de entretenimiento, ocio y turismo. Por consiguiente, la promoción de lugares para el turismo urbano puede considerarse una estrategia fundamental del desarrollo económico, sobre todo cuando la ciudad es considerada por políticos y promotores urbanos como “una máquina de entretenimiento” (Gotham, 2005). Como acertadamente afirma Rifkin: “El turismo no es más que la mercantilización de la experiencia cultural” (2000: 197). Este consumo turístico estandarizado tiene patrones de comportamiento espacial muy concretos, que siguen rutas marcadas y dejan beneficios nimios fuera de estas zonas. Quienes son verdaderamente beneficiarios de este modelo económico del turismo de masas son nuevamente las grandes corporaciones con modelos de cooperación empresarial y monopolístico: agencias de viajes, grandes líneas hoteleras y compañías aéreas. Por tanto, el desarrollo económico de las ciudades gracias a la economía turística se percibe en los grandes índices, pero no en una economía sostenible y distributiva de la ciudad. Aun así, en el capítulo 4 nos detendremos a examinar si la turistificación es un tipo de gentrificación o si, por el contrario, se trata más bien de un proceso que, aunque similar en algunas de sus características, requiere de una explicación propia.

Como bien describieron Deutsche y Ryan (1984) en *El bello arte de la gentrificación*, se están utilizando incesantemente nuevas técnicas para la “regeneración” y el marketing urbanos. Así, nos encontramos con la mezcla social y la escena alternativa como dispositivos para la gentrificación. Como ya hemos visto, en este aspecto las políticas urbanas públicas son actores fundamentales, y la proliferación de la estrategia de la mezcla social se ha convertido en otro invento de cirugía urbana con gran éxito político. Autores como Mark Davidson o Loretta Lees (Davidson, 2008; Lees, 2008) ya mostraron que las intervenciones mediante políticas públicas etiquetadas como mezcla social, a pesar de sus argumentos progresistas, se aplican en contra de los hogares de menores ingresos y en los barrios populares y nunca a la inversa. Estas políticas han dado en realidad pocos resultados positivos, ya que incrementan la tendencia hacia la segregación (Atkinson y Blandy, 2005). Lees habla de “políticas de cosmética”, ya que no inciden en la complejidad de lo social, es decir, no intervienen en las razones estructurales, económicas y sociales de problemas como la exclusión o el desempleo. No debemos olvidar que el proyecto neoliberal de construcción del ciudadano ideal se erige bajo el marco de comportamiento de la clase media frente a la clase trabajadora.

En un mundo de ciudades globalizadas en constante competencia (Rose, 2004), este fenómeno se relaciona con la creación del imaginario de una “ciudad habitable”. Así se venden barrios antes desfavorecidos como “inclusivos”, con diferentes grupos sociales, culturas y estilos de vida que conviven en relativa armonía. Decimos “relativa” porque — como resaltan Goodchild y Cole (2001)— la mezcla social genera conflictos debido a estas diferencias de cultura o clase. Lo que realmente se oculta mediante una higienización social

paulatina es una estrategia de gentrificación (Lees, 2008: 2452). Entre otras cosas, ningún barrio es socialmente homogéneo de forma completa; siempre existen diferencias de renta, distintas etnias, edades, tipos de propiedad, etc. En conclusión, ¿qué se pretende mejorar?, ¿la relación entre ricos y pobres o la vida de los vecinos de un barrio? (Goodchild y Cole, 2001). Las políticas públicas, como estamos expresando en este apartado, buscan imaginarios atravesados por “comunidades sostenibles”; mientras que, por su lado, estas nuevas clases medias aprecian vivir en lugares culturalmente diversos (Butler y Robinson, 2001). Pero, según nos recuerdan Carpenter y Lees (1995), las clases medias buscan fortalecerse dentro de la ciudad, con riesgos que deben ser manejables, por lo que se generan paisajes de exclusión intrabarriales.

Siguiendo esta línea, las investigadoras Blockland y Van Eijk (2010) se preguntan qué características tiene la gente que decide vivir en lugares con dicha diversidad cultural. Lo que vemos es la mirada distante de los nuevos pobladores, un acercamiento a lo exótico, a lo folclórico, donde la presencia de clases populares (trabajadores o inmigrantes económicos) es entendida como una oportunidad para aprender de otras culturas. Sin embargo, al mismo tiempo que presumen de poder vivir esta realidad, están separados de ella, reproduciendo nuevamente la división social. Estas autoras los llaman *diversity-seekers* (buscadores de diversidad), caracterizados por un estilo de vida particular que los define, al fin y al cabo, como un grupo con capital cultural alto y distintivo. Frecuentan más restaurantes y tiendas que otros grupos sociales parecidos, pero no muestran un mayor compromiso social o político con los problemas de los “otros residentes”. Como ya apuntábamos, conviven en un mismo espacio, pero se mueven en redes sociales fragmentadas por clase, etnia o nivel educativo.

Finalmente, y según las observaciones de estas autoras, parece no haber diferencia en la vida cotidiana de estos buscadores de diversidad y las nuevas clases medias.

En consecuencia, podemos relacionar este escenario de multiculturalidad con la emergencia del interés por promocionar ciertos barrios como la “escena de la cultura alternativa” de la ciudad. Shaw (2005), en su investigación sobre Berlín, Melbourne y Ámsterdam, afirma que la estrategia de los políticos locales en la competencia creciente entre ciudades consiste en aprovechar la diversidad cultural y sus “estímulos vibrantes” para el crecimiento económico y el desarrollo de expresiones culturales diversas. Estas, a pesar de parecer emancipatorias, pueden ser exclusivas (por lo endogámicas) y, en algunos casos, elitistas (por usar ciertos tipos de lenguajes y símbolos). Shaw relaciona este tipo de contracultura con el espacio, utilizando el término “escena” (ibidem: 151), como la conexión entre distintas expresiones artísticas (música, literatura, teatro, arte, etc.).

Como vemos, muchas de las ciudades han buscado construir una cultura local potente. Una de las estrategias predominantes desde los poderes públicos ha sido atraer corporaciones transnacionales, turistas o residentes de clase media. Según esta lógica, también el apoyo a este tipo de prácticas contraculturales puede determinar la decisión de estos agentes en búsqueda de la calidad del lugar, convirtiéndose en una fuerte apuesta por los gobiernos locales en las campañas de marketing urbano. De esta manera se resignifican los paisajes urbanos a partir del concepto de cultura urbana, ahora como sello de “autenticidad” buscado por cada ciudad mediante sus innovaciones, modas, tendencias, exhibiciones de índole artística, museos o sus edificios histórico-patrimoniales, en un intento de que el arte encubra todas las inversiones de capital

para la gentrificación de ciertas áreas de la metrópolis y el desplazamiento de pobladores con bajos recursos.

Abandono, desplazamiento y segregación

El desplazamiento, como efecto negativo clave de la gentrificación, puede ser definido como la limitación de las opciones de diferentes sectores sociales para seguir residiendo en un barrio, debido a la entrada de otros grupos sociales de mayor poder adquisitivo. Los efectos directos de las intervenciones públicas, privadas o mixtas que revalorizan un determinado lugar desplazan a muchos de sus vecinos. El factor más claro de este desplazamiento es la presión de los precios de la vivienda, que imposibilita los pagos de la renta. Otra cuestión a tener en cuenta son aquellas conductas consideradas anómicas por los gestores públicos (ambulante, prostitución, menudeo de droga, consumo de alcohol en la calle, música callejera, mendicidad, etc.), que desde luego no son erradicadas con mejoras sociales sobre los pobladores y sobre el barrio bajo los derechos de la ciudadanía o el derecho a la ciudad, sino que sencillamente son desplazadas a áreas aledañas donde aún no han puesto los ojos los inversores privados. Este desplazamiento, que no necesariamente tiene por qué ser el hecho más nítido del proceso, o al menos no el que primero se percibe si las políticas públicas neoliberales son lo suficientemente finas, puede ocurrir de distintas maneras.

La aplicación de políticas urbanas exclusivas y excluyentes requiere una reflexión conceptual sobre el papel del desplazamiento dentro de los procesos de gentrificación contemporáneos. Este fenómeno de expulsión de las familias más desfavorecidas no solo puede ser considerado como un

aspecto clave y definitorio de la gentrificación, sino que debería ser estudiado en términos de violencia simbólica y física contra la población. Aunque el desplazamiento es intrínseco a la producción de paisajes urbanos capitalistas (Lefebvre, 1968; Engels, 1976 [1848]), es al mismo tiempo uno de los procesos menos estudiados que afectan la vida de los sectores populares urbanos. Sin embargo, el desplazamiento también puede ser definido como una operación que restringe las opciones de ciertos sectores sociales para vivir en un barrio específico, sobre todo cuando otros grupos sociales con mayor capital económico, social y cultural llegan a esa área.

Con el fin de comprender este fenómeno es importante recordar que las definiciones de los desplazamientos, en línea con la mayoría de las construcciones y las abstracciones de la realidad llevadas a cabo por los científicos sociales, son científicas y a la vez políticas (Slater, 2009). Al respecto, Slater en buena parte criticó los discursos de algunos geógrafos, que, con resultados sesgados acerca del desplazamiento de la población, lo han desacreditado como explicativo en los barrios revalorizados. Por esto, recuerda la necesidad de examinar las distintas formas de definir y comprender las diferentes dimensiones del desplazamiento, especialmente aquellas que están ocultas a primera vista.

Para ello, el trabajo inaugural de Peter Marcuse (1985) acerca del desplazamiento y la gentrificación es un excelente punto de partida, que aclara algunas de las falacias sobre las que se apoyan las políticas públicas para explicar el proceso de abandono y posterior gentrificación. De acuerdo con su análisis, las razones argumentadas desde la Administración son tres: primera, que el abandono es inevitable y que las políticas públicas no lo pueden revertir; segunda, que la gentrificación mejorará la calidad de las viviendas, revitalizando ciertas áreas

a través de la iniciativa privada; y tercera, que la gentrificación es la única solución viable para los barrios abandonados, al convertirlos en deseables. Este tipo de discursos, por tanto, tiene un fuerte calado en gran parte de la opinión pública, legitimándose. Ante un barrio con deficiencias, con una población empobrecida, con ciertas tasas de delincuencia, inseguridad, tráfico de drogas, hacinamiento, despoblamiento, envejecimiento, economía informal, desempleo, etc., el mercado privado y su potencial de inversión, de embellecimiento y de revitalización económica de aquello en lo que invierte aparece como la mejor solución posible para gran parte de la ciudadanía, e incluso para muchos de los vecinos. Aunque muchos de los vecinos afectados pueden sufrir desplazamientos en las diferentes etapas de este proceso, las coaliciones público-privadas apoyan estas medidas bajo el discurso del éxito de la regeneración urbana.

El desplazamiento abarca fenómenos de carácter simbólico, como la violencia (física, económica, psicológica o social), que la mera atención a los datos estadísticos no permiten observar. Tal injusticia social patente en los barrios gentrificados debe ser redirigida por una profunda reflexión sobre las relaciones de poder existentes, que defina los discursos sobre el desplazamiento, lo que necesariamente incluye una crítica al papel de las administraciones públicas en este menester. Nos referimos, entre otras cosas, a la evidente falta de datos estadísticos gubernamentales sobre los procesos de transformación socioespacial, lo que dificulta su cuantificación. “Medir lo invisible” decía Atkinson (2000), porque los residentes desplazados rápidamente desaparecen y no dejan rastro evidente. Volviendo a Marcuse, su definición amplía de manera nítida las limitaciones metodológicas de aquellos que buscan en los datos y censos sociodemográficos la prueba

definitiva de unas políticas gentrificadoras: “Uno puede definir ‘desplazamiento’ en términos de hogares o unidades de vivienda, en términos individuales o de barrio, o como consecuencia de los cambios físicos o económicos” (Marcuse, 1984: 204)². Por consiguiente, su primera labor fue diferenciar entre desplazamiento directo e indirecto, de los cuales el último implica retos importantes para una descripción compleja del fenómeno, y es a menudo olvidado en los debates contemporáneos sobre la gentrificación. En este sentido, desarrolla cuatro dimensiones: 1) el last-resident displacement (desplazamiento del último residente), un método que cuenta el número de unidades de vivienda que se ven afectadas por el desplazamiento y que tiene en consideración sólo al último residente que ha sido forzado a salir de dicha vivienda (tanto por aumento de alquiler como por abandono); 2) el chain displacement (desplazamiento en cadena), que incluye todos los hogares que en el curso de un proceso de gentrificación pueden haber sido desplazados sucesivamente de la misma vivienda, por aumentos previos de alquiler o deterioro de la vivienda, edificio o barrio; 3) el exclusionary displacement (desplazamiento por exclusión), que ocurre cuando el tipo de hogar que antes viviría en ese barrio de acuerdo a las condiciones anteriores del mercado, ya no pueden acceder a una vivienda, a causa de la gentrificación; y 4) la displacement pressure (presión de desplazamiento), como una cuarta dimensión relacionada directamente con la presión por la desposesión de los sectores más desfavorecidos de la población durante la transformación de un barrio debido a cambios drásticos en el vecindario (Slater, 2009). De estas cuatro dimensiones, nos interesa citar en detalle lo que Marcuse afirma acerca del desplazamiento por exclusión:

El desplazamiento por exclusión provocado por la gentrificación ocurre cuando una familia ya no puede mudarse a una vivienda (a la que anteriormente podía acceder) debido a un cambio en las condiciones que afectan a la vivienda o a sus alrededores y que: 1) pone fuera del alcance de la familia el cumplimiento de las condiciones de ocupación previamente impuestas; 2) difiere significativamente y espacialmente en un área concreta de los cambios en el mercado inmobiliario en su conjunto; y 3) hace que para esa familia sea imposible, peligroso o inasequible vivir en esa residencia (ibidem: 206-207)³.

En suma, estas dimensiones incluyen una mezcla de mecanismos directos e indirectos, ya que el desplazamiento está íntimamente relacionado con los cambios económicos, físicos y urbanos (Marcuse, 1985: 208). No debemos olvidar que el mecanismo inmediatamente anterior a la gentrificación es el abandono (institucional y privado) que en muchos casos desaloja por declaración de ruina a familias enteras, empobrecidas y que, terminan saliendo del barrio (vendiendo o abandonando las viviendas) por inhabitabilidad.

Si tenemos en cuenta todos los impactos negativos de la gentrificación, no solo podemos pensar en los residentes inmediatamente desplazados por este proceso, sino también en la incapacidad de otros potenciales residentes de bajos ingresos de mudarse a estos barrios. En definitiva, el efecto del desplazamiento no se limita a la expulsión de ciertas familias de sus viviendas por la entrada de otras con mayor poder adquisitivo. Si pensamos en barrios que han cambiado de forma drástica, en los que los usos, consumos y estilos de vida tienden hacia modelos gubernamentales que premian ciertos comportamientos sociales de clase media, frente a otros que se estigmatizan como vulgares, incívicos o directamente “fuera de

la ley”, comprenderemos que con ello se expulsa del espacio físico los procesos de subjetivación (populares, obreros o identitarios), porque son excluidos simbólicamente del espacio social.

Incluso en los barrios mixtos, donde conviven sectores sociales polarizados, la interacción social intracultural es limitada. Como afirma Loïc Wacquant (2007), la segregación y la exclusión es más agresiva y extrema cuando las clases más desfavorecidas viven en barrios compartidos con las clases dominantes de la sociedad. Esto no significa que no exista segregación espacial, sino quizá todo lo contrario: que esta se puede tornar más agresiva y extrema, con situaciones de convivencia que no son tales; es decir, una multiculturalidad que no es más que diferencia de clase y discriminación racial. Como veremos más adelante acerca de la producción neoliberal de la “perfecta civilidad”, es preciso tener en cuenta que la posición o rango en un determinado espacio físico produce el desplazamiento de otras prácticas sociales posibles. Nos referimos a “ganancias simbólicas” (Bourdieu, 1999: 122), que parten de la acumulación de los demás capitales que no son el meramente económicos y que dotan a los sujetos poseedores de una capacidad para dominar el espacio, el lugar. En definitiva, de capitalizarlo. De este modo, realmente las políticas gentrificadoras cierran el paso a más población y economías que a la desplazada de modo directo. Aquellos que decidan entrar a vivir a barrios en proceso de gentrificación deberán cumplir ciertas condiciones, como la posesión de un capital cultural que les permita la apropiación de los bienes que existan en el lugar y un comportamiento público reglamentado, cívico. En definitiva, los barrios que son transformados como “notables” tienden a ser lugares selectos (lo cual quiere decir, únicamente, excluyentes), donde, además del capital cultural y

económico, será necesaria la posesión del capital social. Tal como explica Bourdieu, “excluyen a quienes no presentan todas las propiedades deseadas o presentan (al menos) una de las propiedades indeseables” (ibidem: 124).

Conclusiones

En este capítulo hemos mostrado los debates contemporáneos acerca de la gentrificación producidos en el mundo anglosajón, a través de sus cuatro características fundamentales. Primero, la reinversión de capital, por la que agentes externos, como gobiernos, entidades financieras, promotores inmobiliarios, sociedades mercantiles, propietarios o especuladores invierten en la rehabilitación de un barrio deprimido, con lo que se produce una fuerte plusvalía y acumulación de capital. Segundo, la entrada de grupos sociales con mayor capital económico y cultural, que generan cambios en el barrio a partir de consumos conspicuos y estilos de vida distintivos. En tercer lugar, los cambios en el paisaje urbano, mediante técnicas como la incorporación de las industrias culturales en la revalorización de la ciudad, el embellecimiento de los barrios por la entrada de artistas o la transformación de paisajes urbanos industriales en nuevas zonas residenciales, que han dado como resultado procesos de gentrificación comercial. Asimismo, vemos utilizar el recurso de la mezcla social como técnica de reapropiación del valor multicultural de las sociedades contemporáneas o la cooptación de la escena urbana alternativa para la reproducción de la ciudad-marca (city branding). Por último, el desplazamiento directo o indirecto de la población de bajos ingresos. Como hemos presentado, el

desplazamiento indirecto es un campo por explorar, concretamente el denominado exclusionary displacement. Sin duda, la expulsión de pobladores y prácticas sociales autóctonas de los barrios gentrificados es el mayor efecto negativo de la gentrificación, ya que ocasiona una auténtica dislocación social y profundas secuelas psicológicas, físicas y emocionales a sus vecinos, por lo que es contrario al derecho a la ciudad, a la vivienda y a la defensa de los derechos humanos.

De este modo, en los dos siguientes capítulos, me gustaría concentrarme en dos dispositivos de desplazamiento concretos que he estudiado durante los últimos años, en tanto técnicas que alteran el lugar y su sentido produciendo desplazamiento por exclusión:

La producción cultural en el centro de las ciudades y las políticas públicas que están fortaleciendo una economía creativa capaz de desplazar al tipo de economías, comercios, consumos y estilos de vida que no fortalezcan este modo de producción. Me refiero al capitalismo cognitivo, ubicado en el centro de las ciudades como atractor de inversión, de capital y de la entrada de nuevas clases medias, que provocan inminentes procesos de desplazamiento, de segregación residencial, de clasismo, de elitismo, de distinción. Este tipo de políticas públicas diseñan la ciudad según los patrones neoliberales de la revitalización urbana en tanto política urbana de poder, que comprende la jerarquización de *habitus*⁴ importados de las nuevas clases medias. Así, podemos vincular los procesos de marketing urbano y de rehabilitación con el fortalecimiento de nuevas formaciones de clase media y media-alta, que en el capitalismo cognitivo emergen con la aparición de sectores en expansión, con capacidad para modificar los

significados del espacio y transformar las relaciones de poder establecidas.

Considerar las consecuencias de la espacialidad neoliberal sobre la (re)construcción de la ciudad a través del espacio público y los procesos de subjetivación de la ciudadanía, materializados por los discursos urbanos del poder público bajo la presión simbólica, el control y la sobrerregulación del espacio público, que desplaza a ciertas prácticas sociales consideradas como no deseables a través de la invisibilización, la criminalización o la exclusión del espacio público. En concreto, a partir de la creación de ordenanzas, de la videovigilancia o del urbanismo preventivo, que están facilitando los procesos de gentrificación y de segregación urbana y ayudando en la recuperación de espacios para la revalorización capitalista del espacio urbano. Para estudiar todo ello, nos referiremos a las tecnologías de gobierno, que condicionan la conducta de los individuos, sometiéndolos a determinados fines.

Bibliografía

Atkinson

, R. (2000): "Measuring gentrification and displacement in Greater London", *Urban Studies*, nº 37, pp. 149-166.

— (2003): "Introduction: misunderstood saviour or vengeful wrecker? the many meanings and problems of gentrification", *Urban Studies*, vol. 40, nº 12, pp. 2343-2350.

— (2006): "Padding the bunker: strategies of middle-class disaffiliation and colonisation in the city", *Urban Studies*, vol. 43, nº 4, pp. 819-832.

Atkinson

, R. y

Blandy

, S. (2005): "Introduction: International perspectives on the new enclavism and the rise of gated communities", *Housing Studies*, vol. 20, n° 2, pp. 177-186.

Benach,

N. (2018): "La gentrificación como una estrategia global", *Papers: Regió Metropolitana de Barcelona: Territori, estratègies, planejament*, n° 60, pp. 17-23.

Blockland

, T. y

Van Eijk

, G. (2010): "Do People Who Like Diversity Practice Diversity in Neighbourhood Life? Neighbourhood Use and the Social Networks of 'Diversity-Seekers' in a Mixed Neighbourhood in the Netherlands", *Journal of Ethnic and Migration Studies*, vol. 36, n° 2, pp. 313-332.

Bourdieu

, P. (1999): *La miseria del mundo*, Madrid, Akal.

Butler

, T. (1997): *Gentrification and the Middle Classes*, Aldershot, Ashgate.

— (2002): "Thinking Global but Acting Local: The Middle Classes in the City", *Sociological Research Online*, vol. 7, n° 3. Disponible en <http://www.socresonline.org.uk/7/3/timbutler>

— (2003): "Living in the bubble: Gentrification and its 'others' in London", *Urban Studies*, vol. 40, n° 12, pp. 2469-2486.

— (2007): "Re-urbanizing London Docklands: Gentrification, Suburbanization or New Urbanism?", *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 31, n° 4, pp. 759-781.

Butler

, T. y

Robson,

G. (2001): "Social capital, gentrification and neighbourhood change in London: a comparison of three south London neighbourhoods", *Urban Studies*, n° 38, pp. 2145–2162.

Carpenter

, J. y

Lees

, L. (1995): "Gentrification in New York, London and Paris: an international comparison", *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 19, n° 1, pp. 286-303.

Davidson

, M. (2008): "Spoiled Mixture. Where does state-led 'positive' gentrification end?", *Urban Studies*, vol. 45, n° 12, pp. 2385-2405.

Davidson,

M. y

Lees

, L. (2005): "New-build 'gentrification' and London's riverside renaissance", *Environment and Planning*, vol. 37, n° 7, pp. 1165-1190.

— (2010): "New-build gentrification: its histories, trajectories, and critical geographies", *Population, Space and Place*, vol. 16, n° 5, pp. 395-411.

Deutsche

, R. y

Ryan

, C. (1984): "The fine art of gentrification", *October*, n° 31, pp. 91-111.

Doucet

, B.;

Van Kempen

, R. y

Van Weesep

, J. (2011a): “‘We’re a rich city with poor people’: municipal strategies of new-build gentrification in Rotterdam and Glasgow”, *Environment and Planning*, vol. 43, nº 6, pp. 1438-1454.

— (2011b): “Resident perceptions of flagship waterfront regeneration: the case of Kop van Zuid in Rotterdam”, *Tijdschrift voor economische en sociale geografie*, vol. 102, nº 2, pp. 125–145.

Engels

, F. (1976 [1848]): *La situación de la clase obrera en Inglaterra, introducción y estudio previo de Lorenzo Díaz*, Madrid, Akal.

González

, S. y

Waley

, P. (2012): “Traditional Retail Markets: The New Gentrification Frontier?”, *Antipode*, vol. 45, nº 4, pp. 965-983.

Goodchild

, B. y

Cole

, I. (2001): “Social balance and mixed neighbourhoods in Britain since 1979: a review of discourse and practice in social housing”, *Environment and Planning D: Society and Space*, vol. 19, nº 1, pp. 103-121.

Gotham

, K. (2005): “‘Tourism Gentrification: The Case of New Orleans’ Vieux Carre (French Quarter)”, *Urban Studies*, vol. 42, nº 7, pp. 1099-1121.

Hamnett,

C. (1991): “The blind men and the elephant: The explanation of gentrification”, *Transactions of the Institute of British*

Geographers, vol. 16, nº 2, pp. 173-189.

Harvey,

D. (2005): *A Brief History of Neoliberalism*, Oxford, Oxford University Press.

—

(1989): "From managerialism to entrepreneurialism: The transformation in urban governance in late capitalism", *Geografiska Annaler. Series B, Human Geography*, vol. 71, nº 1, pp. 3-17.

— (2007): *Espacios del capital. Hacia una geografía crítica*, Madrid, Akal.

Janoschka,

M.;

Sequera,

J. y

Salinas

, L. (2014): "Gentrification in Spain and Latin America: a Critical Dialogue", *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 38, nº 4, pp. 1234-1265.

Lees,

L. (2008): "Gentrification and Social Mixing: Towards an Inclusive Urban Renaissance?", *Urban Studies*, vol. 45, nº 12, pp. 2449-2470.

Lees

, L.;

Shin

, H. B y

López-Morales

, E. (2015): *Global gentrifications. Uneven development and displacement*, Bristol, Policy Press.

Lees, L.; Slater, T.

y

Wyly, E

. (2008): *Gentrification*, Londres, Routledge.

Lefebvre,

H. (1968): *Le droit à la ville*, Paris, Antropos.

Ley

, D. (1986): "Alternative explanations for innercity gentrification: a Canadian assessment", *Annals of the Association of American Geographers*, vol. 76, n° 4, pp. 521-535.

— (1996): *The New Middle Class and the Remaking of the Central City*, Oxford, Oxford University Press.

Ley, D.

y

Mills

, C. (1993): "Can there be a postmodernism of resistance in the urban landscape?", en P. Knox (ed.), *The Restless Urban Landscape*, Englewood Cliffs, NJ, Prentice Hall, pp. 255-278.

Malet Calvo

, D. (2018): "Understanding international students beyond studentification: A new class of transnational urban consumers. The example of Erasmus students in Lisbon (Portugal)", *Urban Studies*, vol. 55, n° 10, pp. 2142-2158.

Marcuse,

P. (1985): *Gentrification, abandonment and displacement: connections, causes and policy responses in New York City*, *Journal of Urban and Contemporary Law*, n° 28, pp. 195-240.

Nofre, J.; Giordano, E.; Eldridge, A.,

et. al.

(

2018): "Tourism, Nightlife and Planning: Challenges and Opportunities for Community Liveability in La Barceloneta", *Tourism Geographies*, vol. 20, n° 3, pp. 377-396.

Peck, J

. (2006): "Liberating the City: Between New York and New Orleans", *Urban Geography*, vol. 27, nº 8, pp. 681-713.

Rifkin,

J. (2000): *La era del acceso: La revolución de la nueva economía*, Barcelona, Paidós.

Rose,

D. (2004): "Discourses and experiences of social mix in gentrifying neighbourhoods: A Montréal case study", *Canadian Journal of Urban Research*, vol. 13, nº 2, pp. 278-316.

Rousseau

, M. (2009): "Re-Imagining the City Centre for the Middle Classes: Regeneration, Gentrification and Symbolic Policies in 'Loser Cities'", *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 33, nº 3, pp. 770-788.

Sequera, J. (2015): "

A 50 años del nacimiento del concepto 'gentrificación'. La mirada anglosajona", *Biblio3W Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*.

Shaw

, K. (2005): "The Place of Alternative Culture and the Politics of its Protection in Berlin, Amsterdam and Melbourne", *Planning Theory and Practice*, nº 6, pp. 149-169.

Slater

, T. (2006): "The Eviction of Critical Perspectives from Gentrification Research", *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 30, nº 4, pp. 737-757.

— (2009): "Missing Marcuse: On gentrification and displacement", *City*, vol. 12, nº 2-3, pp. 292-311.

Smith,

N. (1979): "Toward a theory of gentrification: a back to the city movement by capital, not people", *Journal of the*

American Planning Association, vol. 45, n° 4, pp. 538-548.

— (1996): *The New Urban Frontier. Gentrification and the Revanchist City*, Londres, Routledge.

— (2002): “New Globalism, New Urbanism: Gentrification as Global Urban Strategy”, *Antipode*, vol. 34, n° 3, pp. 427-450.

Wacquant,

L. (2007): *Urban Outcasts: A Compared Sociology of Advances Marginality*, Cambridge, Polity Press.

Zukin,

S. (1989): *Loft Living: Culture and Capital in Urban Change*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

Capítulo 2

El mito de la clase creativa en la producción de la gentrificación

La creative class evidencia la esquizofrenia del trabajador posfordista, esto es, el hecho de ser al mismo tiempo trabajo y capital.

(De Nicola
et al.,
2008: 51)

La reconstrucción simbólica de las ciudades está rodeada de conceptos como autenticidad, originalidad o singularidad. Actividades relacionadas con la cultura, el conocimiento y los saberes técnicos refuerzan la idea de la necesidad de nodos estratégicos espaciales y la formalización de políticas de atracción a través de la revitalización de los centros urbanos, con objeto de poner en venta la cultura y las tradiciones de un determinado lugar. Esta nueva lógica, que combina la importancia de la centralidad espacial y el control de algún recurso específico para extraer plusvalías, atraviesa a la cultura como un tipo especial de mercancía en las ciudades contemporáneas (Harvey, 2007: 418). Me refiero a una serie de inversiones públicas y privadas en lugares determinados, que promueven un espacio urbano para convertirlo en valor de cambio con alto potencial, promocionando un determinado capital simbólico que genera rasgos distintivos y, por tanto, rentas de monopolio, en términos de Harvey (2007: 428). Lo que mostraremos a lo largo del texto es que no es solo el suelo o la centralidad en sí misma la que ejerce ese poder especulativo, sino la exclusividad de esa mercancía-cultura.

Tomaremos como punto de partida las implicaciones socioespaciales de los nuevos nichos de mercado (cultural, del

conocimiento), las nuevas formas de empleabilidad con los consumos y los estilos de vida en los centros de las ciudades globales a partir del posfordismo. Si en la etapa anterior el consumo dependía de la empresa pública, de la producción en masa y de una fuerte ciudadanía social y laboral (Alonso, 2004), a partir de los años ochenta del siglo XX aparecen con fuerza los flujos informacionales, los derechos intelectuales, las tecnologías, la cultura como recurso y una fuerte actividad financiera. Este paradigma viene aparejado a dinámicas de fragmentación de la ciudadanía, de individualización y de globalización y, por supuesto, a nuevos estilos de vida y consumo distintivos que se reflejan en la manera de entender la ciudad, que también se ve fragmentada y segregada socialmente por las distintas identidades emergentes.

Para examinar esta puesta en marcha de un modelo económico y urbano, que además promociona procesos de gentrificación en el centro de las ciudades contemporáneas, en este capítulo repasaré en primer lugar la notable importancia que ha adquirido la producción cultural en los últimos tiempos, que ha reportado unas políticas de atracción de trabajadores del conocimiento a los centros metropolitanos, fomentando la distinción social de una construida clase creativa (Sequera, 2017). Así, los gestores de las ciudades de todo el mundo parecen haberse enamorado de la idea de la ciudad creativa (Florida, 2005), intentando, como veremos, atraer a esa clase creativa (artistas, intelectuales, gente del espectáculo, diseñadores, etc.) a vecindarios en proceso de regeneración, bajo la siguiente premisa: las ciudades contemporáneas más prósperas serán aquellas que sepan combinar acertadamente unos estilos de vida alternativos basados en la cultura y el ocio como elementos primordiales en su propia configuración.

En tanto que estrategia urbana generalizada, plantearemos en segundo lugar que las políticas urbanas que siguen estas tesis de Richard Florida están tratando de promover procesos de gentrificación en torno a la noción de clase creativa y son el correlato de un sistema de prácticas que condicionan el espacio social y sus usos. Finalmente, y en contraposición a las tesis vertidas sobre las clases creativas, trataré de discernir si existe una práctica social propia de esas nuevas clases medias y si la yuxtaposición de estas prácticas sociales distintivas es un mecanismo que contribuye al desplazamiento directo o indirecto de una población no deseada sobre el lugar a revalorizar.

La fábula de la ciudad creativa

Una de las estrategias urbanas generalizadas en la era del neoliberalismo es la construcción simbólica de la ciudad creativa (Florida, 2010). Es común oír que gestores públicos retraten la clave del éxito como una combinación entre un clima empresarial sólido y un clima personal afectivo apropiado, con el que poder retener a esta clase creativa. Una vez desmantelada la fábrica como principal paradigma del centro de trabajo y con la oficina en fase de profundos cambios relacionados con la flexibilidad social y laboral (Bauman, 2007), emergen las propias personas como recurso natural, como principal fuente de creatividad. La lógica, por tanto, siguiendo con el argumento de concentración de las ciudades globales de Sassen (1991), sería la de atraer este tipo de potencias creativas al centro de las ciudades, cuya norma parece ser el asalto de las clases medias y medias-altas a este tipo de escenarios.

En este contexto, la economía cultural necesita que los centros urbanos tengan entornos proactivos, enriquecedores, para el desarrollo de las nuevas clases medias y la ciudad creativa. El rol que ha adquirido la producción cultural va unido a su espectacularización y el aprovechamiento del fuerte tirón de la cultura para “redecorar” ciertas partes degradadas del centro de la ciudad. Por tanto, esta economía urbana cultural trata claramente de establecer una serie de tramas entre los sujetos del territorio, la ciudad, la cultura y la política. Así, las nuevas formas de gobernanza urbana que los poderes públicos utilizan para capturar con más eficacia formas de

creatividad social, contienen nuevos tipos de relaciones, tanto en el ámbito laboral como en el económico o social. Teniendo en consideración que la economía creativa (Méndez et al., 2012) se refiere tanto a la producción de bienes simbólicos (con un marcado carácter industrial y de consumo de masas) como a las actividades culturales más tradicionales, las industrias creativas son variaciones instrumentales que tienden a convertir a la industria cultural en un sector económico capaz de soportar su propio desarrollo socioeconómico lo que constituye, a su vez, una estrategia de desarrollo local. Es lo que se ha denominado como fábricas de la cultura (Carrillo, 2008), las cuales, mediante sus infraestructuras y grandes contenedores de arte contemporáneo, se perfilan como la nueva industria empresarial de la ciudad.

En el nuevo campo de la creatividad y la innovación, estos mismos conceptos se convierten en los nuevos engranajes de la ciudad fábrica. La ciudad como un gran museo parece la pretensión de los nuevos desarrollos “culturalistas” de los poderes públicos, donde los habitantes se convierten en espectadores universales. Es decir, un dispositivo del espectáculo como herramienta de la nueva civilidad del ciudadano urbano. En este contexto, lo que nos interesa, por tanto, es comprender la instrumentalización del concepto de cultura en la modificación del espacio urbano y sus sentidos (Carman, 2006). Entendiendo entonces que se necesita innovación para confeccionar un ciclo económico que no solo siga las pautas necesidad-demanda, sino que las coproduzca, qué mejor lugar, pensarán desde algunas esferas, que las ciudades contemporáneas, donde emerge lo que es considerado transgresor, , para que funcione de brainstorming colectivo y así poder cosificarlo. No parece existir otro sitio mejor que la metrópolis para que se desarrollen los procesos culturales

innovadores y se conviertan con el tiempo en artes mercantilizados y elementos de distinción. De este modo, asistimos a una explotación constante de los conocimientos para desarrollar nuevos productos y servicios.

Al respecto, George Yúdice (2002) afirma que en el capitalismo contemporáneo la cultura es un recurso, y entre sus múltiples usos está el de convertirse en proveedora de turismo, de desarrollo urbano y de crecimiento económico, siguiendo la lógica mimética de las ciudades globales mediante su financiación y fomento (Yproductions, 2009: 114). De esta forma, la innovación es el exponente fundamental de esta maquinaria urbana, economizando la creatividad social. La instrumentalización que se hace del concepto de innovación es la resultante de una gestión urbana que busca en esta industria cultural el crecimiento económico de una ciudad: desarrollo local, regeneración urbana, turismo cultural, etc. La creatividad parece haberse convertido, por tanto, en la etiqueta clave que impulsa el interés en este tipo de mercado.

Parece, por tanto, evidente que el proceso de llenado cultural, artístico, científico u ocioso que se desarrolla en las ciudades convierte los centros antiguos en parques temáticos de la cultura y en escenario de nuevas civilidades. Así pues, en los procesos de gentrificación, las clases medias y altas son dirigidas al interior de los barrios, caracterizándolos y dotando al lugar de “unas dosis controladas y controlables de culturalismo, en definitiva, un nuevo sabor local que atraiga a potenciales clientes” (Delgado, 2007).

La trama de la clase creativa

Como estamos viendo, la construcción de una narrativa de la creatividad ha recibido un impulso por parte de las instituciones políticas locales, nacionales e internacionales en un intento por dar coherencia a todo un discurso acerca del potencial del capitalismo cultural-cognitivo. Si definimos la economía creativa como aquella que basa su producción en la creación de bienes simbólicos que dependen de derechos de propiedad y que se dirigen a un mercado muy amplio, observamos que el trabajo cultural, cognitivo, emerge como uno de los más representativos en las nuevas formas de producción. Y el trabajador del conocimiento (De Nicola et al., 2008) es el sujeto clave en esta profesionalización e intelectualización de la fuerza de trabajo. Según afirma De Giorgi (2006: 128), el conocimiento se ha transformado en fuerza productiva inmediata: donde antes las puertas de la fábrica determinaban el espacio disciplinario de control de las fuerzas de trabajo, ahora se transita hacia un espacio posfordista, que allana la rocosidad de esos espacios de vida delimitados, haciendo controlables los flujos de productividad social. En la actualidad, por tanto, el plusvalor puede ser obtenido prácticamente de todo lo que ocurre en la vida. Este potencial que desarrollan los *knowledge workers* —o el *cognitariado*, o la *creative class*— es puesto al servicio de la acumulación y reproducción del sistema, definiendo así el paradigma del capitalismo cognitivo como la producción de conocimiento y su gestión empresarial,

en busca constante de innovaciones que puedan convertirse en diferenciación para su comercialización.

Consciente de la fuerza de este tipo de trabajadores, el discurso neoliberal ha apostado por la creación de una nomenclatura elitista que articule la distinción, legitimación y exclusividad espacial de estas “clases”. De esta forma aparecen con fuerza conceptos como el de *creative class*⁵ de Florida (2010), que los define como el grupo de personas con intereses, formas de pensar y comportamientos comunes, determinados fundamentalmente por la función económica. Florida insiste en la descripción de esta particular construcción de la clase creativa a partir de adjetivaciones como la individualidad o la meritocracia⁶, al mismo tiempo que compensa estas razones eminentemente liberales con las de “diversidad y apertura”. Sin embargo, tras su trabajo encontramos pistas para poder observar un barrio gentrificado, mediante esos estilos de vida que, al propiciarse en un entorno concreto, pueden hacer cambiar un barrio. Según advierte críticamente McGuigan (2009: 298), Florida no investiga acerca de la política cultural, sino que busca la articulación entre la economía neoliberal y la cultura cool.

En este pretendido salto hacia una sociedad postindustrial, los principales enclaves mundiales de los países desarrollados han pasado de producir bienes a producir servicios. En este escenario, la clase trabajadora —afirmará Florida (2010: 49)— ha disminuido y la clase de servicios sigue siendo mayor, mientras que la clase creativa es dominante en términos de riqueza y de ingresos. De esta manera, introduce una de las trampas, ya que este es realmente uno de los grupos sociolaborales que sufre mayor flexibilidad y precariedad laboral, al depender de proyectos, vivir “al día” y estar atravesado por vínculos débiles debido a su constante

movilidad, entre otros factores. Así, observamos la preeminencia del trabajador del conocimiento como sujeto activo de estas políticas neoliberales del trabajo. Como plantea Lorey (2008: 73) sobre este tipo de subjetividades, las condiciones de trabajo y de vida de estos trabajadores, en muchos casos alternativas, favorecen las formas flexibles y precarias que el mercado neoliberal está suscitando. La apariencia de la capacidad de las personas de actuar de forma independiente y tomar sus decisiones libremente dentro de un determinado campo —que está condicionado por la estructura y a la vez la determina—, enmarcadas siempre en la productividad de la vida misma, genera como resultado un habitante de las ciudades reorganizado bajo la lógica de la precariedad vital: trabajo precario en sí, dependiente de proyectos intermitentes, con alta temporalidad, constante movilidad, de indiferenciación del tiempo de trabajo y de ocio, etc.

En definitiva, es la flexibilidad de las relaciones sociales que quizá se liberaron desde aquel Mayo del 68 la que, reorganizada desde el capital, se convierte en flexibilidad en todos los aspectos de la vida, subsumiendo la vida al trabajo. Esto ha generado las nuevas formas de trabajo flexibles del capitalismo cognitivo, fomentadas sobre todo por una economía urbana en las ciudades globales que incluye la precarización y la pérdida de los límites entre el tiempo de trabajo y el libre. Son precisamente esa libertad y autonomía a las que se rendía culto como símbolos de la liberación las que son convertidas en recursos del propio devenir del capitalismo cognitivo. Estas nuevas formas de vida urbanas, que constituyen nuevas subjetividades, están a disposición del desarrollo de la economía capitalista y sus procesos de acumulación, externalizando ciertos servicios y formalizando al sujeto como

empresa. De hecho, “las ideas de autonomía y libertad están constitutivamente conectadas con los modos hegemónicos de subjetivación en las sociedades capitalistas occidentales” (Lorey, 2008: 58). En última instancia, el éxodo de la fábrica y la búsqueda de autonomía han sido reconvertidos en la consentida precariedad sociolaboral de estos nuevos trabajadores.

Entonces, ¿qué es realmente la creative class? Para que su tesis adquiriera legitimidad, Florida (2010: 47) lanza un último alegato, refiriéndose a la clase como el grupo de personas definido por la función económica, es decir, por su trabajo, en lugar de articular sus estilos de vida o consumo con su nivel de ingresos. Así, nos encontramos ante una controvertida descripción del trabajador cognitivo, tanto por su ubicación en el clásico sistema de clases vertical como por su dimensión temporal, precaria y de constante innovación y formación. Esta tesitura resulta delicada debido a la dirección que toman este tipo de trabajos respecto de sus más cercanas figuras (el asalariado, la clase obrera), de sus particulares estilos de vida (clase media) y de su no reconocimiento claro como “trabajador”. Dentro de este nuevo perfil que se ha consolidado en la sociedad informacional, el reto consiste en observar cómo se posiciona: si como un sector de elite, separado de obreros y precarios, o como sujetos del cambio en busca de reconocimiento en la sociedad (De Nicola et al., 2008). En este proceso urbano de la centralización de la alta profesionalización, puede emerger —como ya hemos expuesto— una fuerte polarización social debido a lo restrictivo del estilo de vida de estos trabajadores. Al fin y al cabo, parece ser un tipo de (nueva) clase media (urbana), innovadora y progresista. Esto nos reporta al eterno dilema estructura versus agencia: estas nuevas clases medias son las que hacen del

centro de las ciudades un nuevo lugar mediante sus nuevos patrones de consumo, pero al mismo tiempo, es la agenda neoliberal la que los reclama con medidas políticas concretas, como ejemplificadores sociales para la propagación de la gentrificación.

Porque, detrás de estas estrategias de hipsterización, hallamos políticas de atracción. Ciudades luchando por acaparar ese talento que mejore no solo la economía urbana, sino el entorno urbano a partir de mecanismos de exclusión, como critica Peck (2005: 740) en "Struggling with the creative class". Toda una generación de planeadores urbanos progresistas confía en este dogma como una solución integral para las ciudades, configurando una agenda política urbana determinada por estrategias que privilegian a ciertos actores sociales frente a otros. Estos pretenden mezclar el elitismo cosmopolita con la universalización del pop; el hedonismo con la responsabilidad; y la cultura alternativa con la economía urbana tradicional. En un intento por revitalizar los barrios, pretenden crear entornos trendies aprovechando ese tipo de lugares cargados de estímulos. La razón parece ser esa búsqueda del fortalecimiento de la economía del conocimiento, que entiende como necesario un clima urbano propicio para este tipo de trabajadores creativos. En realidad, tal como propone Harvey (1989), la idea es volver a poner a la ciudad en el centro del consumo, y para ello tiene que aparecer como innovadora, estimulante, creativa y segura para vivir o visitar. En otras palabras, estamos ante un dispositivo neoliberal que utiliza los mecanismos culturales urbanos con objetivos competitivos y economicistas para generar lo que Peck (ibidem: 764) ha llamado "gentrification-friendly", es decir, políticas que tratan de dar una cara amable a estos procesos de expulsión y desplazamiento.

Finalmente, proponemos que los estilos de vida, como componente definitorio de la clase social —que incluye una actualización del término marxista derivado de la posición económica—, permiten que entren en juego debates sobre las culturas del gusto, el consumo conspicuo o la estética. Se trata entonces no solo de una clase social en cuanto al factor transversal derivado de la posición en la cadena de producción, sino en cuanto a la construcción de prácticas sociales concretas y de una identidad basada en el consumo como una forma de inversión, como símbolo y medio de expresión. Así, las clásicas categorías sociológicas que venían determinadas por la posición del sujeto respecto de los medios de producción deben ser necesariamente complementadas por otras categorías tales como el estatus social o los distintos capitales (simbólico, relacional, social, etc.) a los que nos tiene acostumbrados el análisis bourdieuano, tal como veremos en el siguiente apartado.

Estilos de vida y consumo distintivo

en los procesos de gentrificación

Butler (2002) y Butler y Robson (2003) compararon seis barrios de Londres para buscar los distintos significados que los residentes potenciales atribuían al barrio y los motivos por los que se asentaron allí, es decir, cómo los gentrificadores se comportan para asegurar su hegemonía en los sitios donde se han afincado. Así, demostraron las dinámicas de extracción de capital cultural, económico y social de un área determinada, con su consecuente gentrificación, y observaron lo que denominaron como “habitus metropolitano” (metropolitan habitus)⁷. Buscaban en ello no solo la explicación del proceso, sino saber cómo se producen espacialmente las distintas inclinaciones de los grupos entrevistados, para lo que sugirieron que el habitus metropolitano debía ser un recurso conceptual mejor explicado, que podría revelar diferencias subyacentes entre periferia y centro, o entre centro y centro, dependiendo del uso del mismo. El estudio que presentó Butler aportó elementos clave para entender la atracción de este habitus metropolitano, fuertemente asociado con la ciudad global y sus emergentes connotaciones culturales, que vinculaba al nacimiento de sentimientos de localismo y autosegregación dentro de las clases medias. Su tesis fundamental se basó en la articulación del consumo cultural en el centro (museos, galería, teatros, restaurantes, etc.) y las zonas residenciales gentrificadas en los alrededores de este centro. Lo define,

aplicado a cada caso, como la creación de un marketing espacial que mercantiliza una zona rehabilitada.

Así, a estas nuevas formas de las clases medias las dividió en corporate managers and bureaucrats, liberal ascetics (ascetismo liberal) y postmoderns (posmodernos) (Butler, 2002: 7), una composición realizada originariamente por Savage et al. (1992). Los primeros serían burócratas y gerentes y directivos de empresa. Los liberal ascetics serían profesionales de la educación, el bienestar o la salud, con un consumo cultural alto. Los posmodernos serían profesionales del sector privado (servicios financieros, publicidad, etc.), marcadamente hedonistas. Por su parte, Featherstone (1991: 34) también se refiere a estos últimos como intelectuales y especialistas en producción simbólica; mientras que Bourdieu (1988) los llamaba los “nuevos intermediarios culturales”, aquellos que producen servicios y bienes culturales, constituidos a partes iguales por recursos económicos y culturales.

La emergencia de estas variantes de las clases medias definidas espacialmente ha tenido su énfasis en la búsqueda del sentido de identidad basado en la estética, los estilos de vida, el consumo y el gusto, todos estos asociados a los centros metropolitanos y a la distinción que proporcionan a sus residentes. Este enfoque resulta del todo prometedor para los estudios sobre gentrificación contemporáneos. Sin embargo, Bridge (1995) nos advierte acertadamente de que la mayoría de los efectos de la constitución de clase ocurren fuera de los barrios gentrificados (en la división del trabajo y en las relaciones laborales, en el centro de trabajo, en la posición de clase heredada) o antes de que el proceso haya tenido lugar (socialización a través de un determinado estilo de vida o de gustos concretos). Por lo tanto, considera que la adscripción a unas prácticas de clase es previa y no una mera reacción contra

un ambiente de clase obrera o un afán por distinguirse. De este modo, consideramos que un breve diálogo con Bourdieu y sus complejas construcciones del habitus⁸ nos ayudará a arrojar luz, por un lado, sobre la relación entre prácticas distintivas, gentrificación y los sistemas de disposiciones que lo constituyen; y, por otro, sobre la disputa por la hegemonización del lugar por las nuevas clases medias, que desplazan a otras posibles.

Cuando hablamos de consumo y estilos de vida ingresamos en el complejo terreno del gusto. Según Bourdieu (2010: 231), “los gustos en la cultura no son naturales, sino que son productos de la educación. Todas las prácticas culturales y las preferencias están ligadas al nivel de instrucción y con el origen social”. Así relaciona los gustos con las disposiciones privilegiadas de clase, haciendo que la cultura funcione como un tipo de capital (el cultural), que está desigualmente distribuido al otorgar beneficios de distinción. Y añade: “Es lo que hace que el arte y el consumo artístico estén llamados a cumplir, se quiera o no, se sepa o no, una función social de legitimación de las diferencias sociales” (ibidem, 2010: 239).

En consecuencia, para comprender los procesos de gentrificación de una forma holística debemos resaltar la importancia de los distintos capitales en juego, con especial atención al capital cultural y al rol de la cultura en la reproducción de la desigualdad. La razón para esto es la lógica articulación de dicho capital cultural y la formación y consolidación espacial de grupos sociales. No debemos olvidar que el capital cultural también sufre procesos de circulación y acumulación, por lo que puede ser uno de los dispositivos gentrificadores más eficientes, como elemento sistemático de desigualdad y segregación. De este modo, las prácticas de consumo y el tipo de relaciones sociales que se generan en su

campo son atravesados por una reorganización simbólica y física tras un proceso de transformación urbana. Entonces, si el lugar es modificado, probablemente las prácticas sociales que se desarrollen en su interior sean reconfiguradas también, sufriendo fuertes desajustes entre las prácticas sociales pasadas y las importadas.

En este sentido, la identidad de un grupo es relacionada por Augé (1992: 51) con la identidad del lugar (lo que lo funda, lo une), y el grupo (reconfigurado o no) defenderá la identidad que se conforme para que conserve su sentido. Se trata por tanto de la constitución de lugares mediante la organización del espacio, una práctica social habitual en un territorio. Según Augé (1992: 58), “todos son lugares cuyo análisis tiene sentido porque fueron cargados de sentido, y cada nuevo recorrido, cada reiteración ritual refuerza y confirma su necesidad”. De esta manera se ponen en juego las distintas posiciones, articulando nuevas relaciones de autoridad y prácticas políticas, en las que se renegocia lo que se considera hegemónico (centro) y lo que no (margen).

El espacio social —nos dirá Bourdieu— se caracteriza por su posición relativa frente a otros lugares y por la distancia con ellos, y como “estructura de yuxtaposición de posiciones sociales” (1999: 120) que genera exclusión mutua o distinción. El espacio habitado simboliza el espacio social, que se traduce en espacio físico, donde se expresa la posición del sujeto a partir de la distancia con otros y la proximidad que adquiere a través del pago o del usufructo de determinadas propiedades o a través del consumo ostentoso del espacio. De este modo, el espacio, los lugares y los sitios son el objeto del conflicto, por la obtención de beneficios tales como las ganancias de localización, que no son otra cosa que lo que Harvey ha definido tantas veces como renta monopolista. Se trata de estos

espacios contruidos, físicos, arquitectónicos que tienen la capacidad de producir lugares bajo la violencia simbólica de la segregación residencial o de uso, o el desplazamiento directo o indirecto de distintos habitus. Estas ganancias de localización pueden definirse desde dos perspectivas: las rentas de situación, es decir, la situación privilegiada junto a agentes o bienes escasos o deseables; o la posición o rango, esto es, las ganancias simbólicas, que generan distinción porque se vinculan al monopolio de una propiedad distintiva. Es decir, la capacidad de dominio del espacio por parte de ciertos sujetos privilegiados, que ponen distancia (física o simbólica) frente a lo indeseable y se apropian de aquello que facilita la acumulación de capital social sobre el propio lugar (Bourdieu, 1999: 122) es una forma de colonización urbana, de gentrificación.

El habitar contribuye a formar el habitus como el habitus construye el hábitat a través de las inclinaciones en los usos sociales que se hacen de él (Bourdieu, 1999). Esto es lo que Alonso (2005) llama “la materialización de la clase”. Así, se genera un tipo de consumo distinguido, que utiliza obras, objetos, tipos de vivienda o barrios, que se revalorizan bajo un tipo muy particular de “gusto”, seña distintiva de estas clases profesionales urbanas, como consumidores de “signos” y “formas” (Lash y Urry, 1994).

Por tanto, entiendo la hegemonización espacial de determinados estilos de vida como un dispositivo de gentrificación, en tanto es capaz de producir unas prácticas y una facultad de apreciarlas y, por tanto, de diferenciarlas. Estos estilos de vida son producidos y reproducidos por el habitus, entendido este como identidad social que se define sobre la diferencia. Así, “una clase se define por su ser percibido tanto como por su ser; por su consumo —que no tiene necesidad de

ser ostentoso para ser simbólico— tanto como por su posición en las relaciones de producción” (Bourdieu, 1988: 494). Los estilos de vida son la materialización de las prácticas sociales de clase, que se concretan —como ya señalamos— en capital cultural (titulaciones y credenciales), capital social (conjunto de relaciones socialmente útiles) y capital simbólico (signos, rituales y prácticas de respetabilidad social) (Alonso, 2005). De esta forma, se consigue complejizar el análisis, articulando cultura y economía bajo el concepto mismo de consumo. Un consumo que se define por los campos producidos y reproducidos culturalmente, desde el gusto hecho necesidad de estas nuevas clases medias hasta la necesidad hecha gusto de las populares.

Resulta importante aclarar que nos referimos a una necesidad ya no entendida solo como carencia (o instrumentalidad), sino como deseo. Necesidad como un tipo de relación social (Alonso, 1986) que tiene un carácter histórico basado en el modo de producción de cada sociedad concreta y dentro de esta en su propia división del trabajo. Es por esto que en el capitalismo contemporáneo queda definida la necesidad dentro de la dimensión del consumo —desigual— que “reproduce en el orden de la distribución el orden de la diferencia” (Alonso, 1986). Este acceso al consumo deriva directamente de la desigualdad del poder adquisitivo y para ello se crean, más allá de los objetos relacionados con resolver la necesidad como carencia, productos “superfluos” que generen estatus en su poseedor. Por tanto, según la construcción socioespacial que se haga de las necesidades en el consumo, obtendremos el lugar que las necesidades-deseos ocupan en el hecho social.

Por otro lado, como nos plantean Lash y Urry (1994), la jerarquización de los estilos de vida y los modos de consumo los

yuxtaponen globalmente, y las nuevas clases medias urbanas (con un fuerte capital social y simbólico) adquieren un mismo sentido del gusto de una ciudad global a otra que también sea global o que pretenda serlo. Siguiendo a Featherstone (1995: 110), “las ciudades del mundo son los sitios en los que se advierte la yuxtaposición del rico y el pobre, los profesionales de la nueva clase media y los homeless, junto con una variedad de otras identificaciones tradicionales, étnicas y de clase”. De hecho, según las interpretaciones que este autor realiza de Elias (1990 [1987]), la situación jerárquica de ciertos grupos dominantes puede ser capaz de colonizar a los demás grupos sociales e incorporarlos a un patrón de conducta único. Sin embargo, no debemos caer en la simplificación de que estas condiciones objetivas desencadenan directamente una nueva serie de prácticas, sino que hay una disputa por el nuevo sentido del campo. Si esto lo materializamos nuevamente en el lugar, en el espacio físico habitado, podremos observar distintas clases urbanas conviviendo en un mismo espacio, como parte de dicho dispositivo gentrificador, es decir, donde no necesariamente unas deben imponerse a las otras, sino realizar distintos usos y servir de distintos modos al campo económico, esto es, a este capitalismo multiescalar.

Como ya señalamos, frente al modelo de consumo del primer fordismo se construye un consumo distinguido, que utiliza la cultura, el arte y la creatividad para generar el estilo de una clase profesional urbana emergente, que transforma en signos de distinción un gusto social distinto a la serialización del proceso anterior. En la situación actual, las dinámicas de fragmentación y segmentación del consumo posfordista erigen en la metrópolis una figura esencial: las clases medias y medias-altas profesionalizadas, que rompen con el consumo de masas en busca de un nuevo consumo ostentoso y diferenciado

de la burguesía tradicional. Estas formas de consumo privativas, cuyo carácter excluyente es precisamente el que convierte al producto en comercializable, representan la desigualdad en la vida cotidiana de las urbes. Sobre esta base —entendemos— se generan reconocimiento social y estatus y, por ende, desigualdad y segregación urbana. Esta lógica no es otra que la perseguida por el neoliberalismo urbano y, en nuestro caso, esto es el uso de la mercancía como eje reproductor en todas las parcelas de lo social.

Conclusiones

Los impactos de la globalización en el espacio urbano y en la vida cotidiana de sus habitantes vienen acompañados de un aumento de la polarización en determinadas áreas urbanas. Estamos, por tanto, ante una nueva organización espacial en (de) las ciudades que dice depender de un capitalismo cognitivo, demandante de innovación constante (creación de necesidades y demandas), que parece haber encontrado su lugar en el centro de las ciudades contemporáneas, donde puede aprovechar las constantes irrupciones de lo transgresor, de lo alternativo, de lo novedoso. Desde luego que esta lógica, que a simple vista pudiera parecer natural, es potenciada por los poderes públicos, ya que es parte fundamental del proceso de reestructuración metropolitana actual. Pensar que son solo una serie de casualidades —léase la sobremodernidad, el trabajo terciarizado avanzado, los nuevos gustos y estilos de vida, o el paso de lo viejo a lo nuevo— sería no intentar complejizar en una regeneración urbana que se podría haber desarrollado de muchas otras formas.

Por el contrario, las ciudades creativas, tal y como las define Florida, están repletas de episodios de gentrificación, de acumulación por desplazamiento, de segregación residencial, de clasismo, de elitismo, de distinción. Esta formalización de estilos de vida distintivos tiene como principal labor la de ser “atractores” de inversiones, flujos de capital, etc. De este modo se desarrolla todo un nicho de competencia de nuevos mercados, como los que comercian con los centros de las ciudades como espacios de multiculturalismo, de moda o de estética. Dado que “el capital tiene modos de apropiarse, de extraer los excedentes producidos por las diferencias y las variaciones culturales locales y por los significados estéticos sea cual sea el origen”, su búsqueda consiste por tanto en “encontrar formas de absorber, subsumir, mercantilizar y monetizar dichas diferencias en suficiente medida como para poder apropiarse de las rentas de monopolio de las mismas” (Harvey, 2007: 433).

Planteo, en definitiva, que la gentrificación es más que la explotación de una renta de monopolio por parte de inversores y especuladores, ya que también comprende una serie de capitales culturales, sociales y simbólicos que condicionan la eficacia de este tipo de procesos. Así, entiendo la economía cultural urbana y al trabajador del conocimiento como un dispositivo gentrificador y modo de extracción capitalista fundamental en el centro de las ciudades, basado en la articulación de la centralidad exclusiva de la ciudad posfordista como modelo de acumulación y reproducción del capital. Tras de sí, uno de los ejes vertebradores del proyecto de ciudad neoliberal: el aprovechamiento por parte de los poderes públicos de un habitus y unas prácticas sociales que estas nuevas clases medias importan a estas áreas mediante sus estilos de vida y consumo distintivos. Este habitus será

utilizado como recurso para hegemonizar ciertos espacios urbanos, haciéndolo ejemplarizante y provocando, por ende, acumulación por desplazamiento en las formas de consumo de otros sectores sociales vulnerables.

Bibliografía

Alonso,

L. E. (1986): “La producción social de la necesidad”, *Economistas*, año 4, nº 18 (ejemplar dedicado a economía de los servicios sociales), pp. 26-31. Disponible en <http://www.uned.es/125051/socicon/lea.htm>

— (2004): “Las políticas del consumo: transformaciones en el proceso de trabajo y fragmentación de los estilos de vida”, *Revista Española de Sociología*, vol. 4, nº 1, pp. 7-50.

— (2005): “El estructuralismo genético y los estilos de vida: consumo, distinción y capital simbólico en la obra de Pierre Bourdieu. Disponible en

http://www.unavarra.es/puresoc/pdfs/c_lecciones/LM-Alonso-consumo.pdf

Augé

, M. (1992): *Los “no lugares”. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, Barcelona, Gisa.

Bauman,

Z. (2007): *Modernidad líquida*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Blockland, T.

y

Van Eijk

, G. (2010): “Do People Who Like Diversity Practice Diversity in Neighbourhood Life? Neighbourhood Use and the Social Networks of ‘Diversity-Seekers’ in a Mixed

Neighbourhood in the Netherlands”, *Journal of Ethnic*, vol. 36, n° 2.

Bourdieu,

P. (1988): *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus.

— (1999): *La miseria del mundo*, Madrid, Akal.

— (2010): *El sentido social del gusto. Elementos para una sociología de la cultura*, Madrid, Siglo XXI.

Bridge,

G. (1995): “The space for class? On class analysis in the study of gentrification”, *Transactions of the Institute of British Geographers*, vol. 20, n° 2, pp. 236-247. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.2307/622434>

Brooks

, D. (2001): *Bobos en el paraíso: Ni hippies ni yuppies: un retrato de la nueva clase triunfadora*, Barcelona, Grijalbo Mondadori.

Butler,

T. (1997): *Gentrification and the Middle Classes*, Aldershot, Ashgate.

— (2002): *Thinking Global but Acting Local: The Middle Classes in the City*, *Sociological Research Online*, vol. 7, n° 3. Disponible en <http://www.socresonline.org.uk/7/3/timbutler>

Butler, T.

y

Robson,

G. (2001): “Social capital, gentrification and neighbourhood change in London: a comparison of three south London neighbourhoods”, *Urban Studies*, n° 38, pp. 2145–2162. Disponible en <http://dx.doi.org/10.1080/00420980120087090>

Carman

, M. (2006): Las trampas de la Cultura. Los “intrusos” y los nuevos usos del barrio de Gardel, Buenos Aires, Paidós.

Carrillo, J. (2008):

“Las nuevas fábricas de la cultura: los lugares de la creación y la producción cultural en la España contemporánea”, Biblioteca YP, pp. 1-14.

De Giorgi,

A. (2006): El gobierno de la excedencia: Postfordismo y control de la multitud, Madrid, Traficantes de Sueños.

Delgado,

M. (2007): La ciudad mentirosa. Fraude y miseria del “Modelo Barcelona”, Madrid, Los Libros de la Catarata.

De Nicola, A.; Vecchi, B.

y

Roggero

, G. (2008): “Contra la clase creativa”, en Transform, Producción cultural y prácticas instituyentes. Líneas de ruptura en la crítica institucional, pp. 43-56.

Elías

, N. (1990 [1987]): La sociedad de los individuos: ensayos, Barcelona, Península.

— (2001): El proceso de la civilización: investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas, México D. F., Fondo de Cultura Económica.

Expósito

, M. (1998): “Abajo los muros del museo. El arte como práctica social intramuros”, Mientras tanto, nº 72. Disponible en

http://marceloexposito.net/pdf/exposito_abajolosmurosdelmuseo.pdf

Featherstone,

M. (1995): "Localism, globalism and cultural identity", en M. Featherstone, *Undoing culture. Globalization, postmodernism and identity*, Londres, Sage Publications, pp. 102-125.

— (1991): *Consumer culture and postmodernism*, Londres, Sage Publications.

Florida

, R. (2003): *The rise of the Creative Class: and how its transforming work, leisure, community and everyday life*, Nueva York, Basic Books.

— (2005): *Cities and the creative class*, Florida, Routledge.

— (2010): *La clase creativa: La transformación de la cultura del trabajo y el ocio en el siglo XXI*, Barcelona, Paidós.

Garnham

, N. (2005): "From cultural to creative industries: An analysis of the implications of the 'creative industries' approach to arts and media policy making in the United Kingdom", *International journal of Cultural Policy*, 11 (1), pp. 15-29. Disponible en <http://dx.doi.org/10.1080/10286630500067606>

Gill, R.

y

Pratt, A

. (2008): "In the social factory? Immaterial labour, precariousness and cultural work", *Theory, culture & society*, vol. 25, nº 7-8, pp. 1-30. Disponible en <http://dx.doi.org/10.1177/0263276408097794>

Gotham,

K. (2005): "Tourism Gentrification: The Case of New Orleans' Vieux Carre (French Quarter)", *Urban Studies*, vol. 42, nº 7, pp. 1099-1121. Disponible en <http://dx.doi.org/10.1080/00420980500120881>

Hall

, P. (1998): *Cities in civilization*, Nueva York, Pantheon.

Harvey,

D. (1989): "From managerialism to entrepreneurialism: The transformation in urban governance in late capitalism. *Geografiska Annaler. Series B*", *Human Geography*, vol. 71, nº 1, pp. 3-17. Disponible en <http://dx.doi.org/10.2307/490503>

— (2007): *Espacios del capital. Hacia una geografía crítica*, Madrid, Akal.

Lash, S.

y

Urry, S.

(1994): *Economies of signs & space*, Londres, Sage Publication.

Lorey,

I. (2008): "Gubernamentalidad y precarización de sí. Sobre la normalización de los productores y las productoras culturales", en *Transform, Producción cultural y prácticas instituyentes. Líneas de ruptura en la crítica institucional*, pp. 57-78.

McGuigan,

J. (2009): "Doing a Florida thing: the creative class thesis and cultural policy", *International Journal of Cultural Policy*, vol. 15, nº 3, pp. 291-300. Disponible en <http://dx.doi.org/10.1080/10286630902763281>

Méndez, R.; Michelini, J. J.; Prada, J.

y

Tébar

, J. (2012): "Economía creativa y desarrollo urbano en España: una aproximación a sus lógicas espaciales", *EURE*, vol. 38, nº 113, pp. 5-32. Disponible en <http://dx.doi.org/10.4067/S0250-71612012000100001>

Peck,

J. (2005): "Struggling with the creative class", *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 29, nº 4, pp. 740-

770. Disponible en <http://dx.doi.org/10.1111/j.1468-2427.2005.00620.x>

Savage, M. J.; Barlow, J.; Dickens, P.

y

Fielding, T

. (1992): *Property, Bureaucracy and Culture: Middle Class Formation in Contemporary Britain*, Andover, MA, Routledge, Chapman and Hall.

Sassen

, S. (1991): *The Global City: New York, London, Tokyo*, Princeton, Chichester, Princeton University Press.

Sequera,

J. (2017): "Ante una nueva civilidad urbana. Capitalismo cognitivo, habitus y gentrificación", *Revista Internacional de Sociología*, vol. 75, nº 1.

Wacquant,

L. (2017). *Bourdieu viene a la ciudad: pertinencia, principios, aplicaciones*. *EURE (Santiago)*, vol. 43, nº 129, pp. 279-304.

Yproductions

(2009): *Innovación en cultura. Una introducción crítica a la genealogía y usos del concepto*, Madrid, Traficantes de Sueños.

Yúdice

, G. (2002): *El recurso de la cultura: usos de la cultura en la era global*, Barcelona, Gedisa.

Zukin,

S. (1995): *The cultures of cities*, Oxford, Blackwell.

Capítulo 3

Segregación, expulsión y desplazamiento en el espacio público

La soberanía se ejerce en los límites de un territorio, la disciplina se ejerce sobre el cuerpo de los individuos y la seguridad, para terminar, se ejerce sobre el conjunto de la población.

(Foucault, 2006: 27)

Como hemos visto en el anterior capítulo, las políticas urbanas neoliberales concentran sus esfuerzos en resignificar el espacio público, a través de las clases medias y altas, para la recuperación de los espacios centrales de la ciudad. El sentido de los espacios públicos se está viendo modificado y reapropiado por los estilos de vida y consumo de los nuevos residentes. Frente a las prácticas cotidianas que se desarrollan en centros comerciales, complejos de ocio, zonas verdes o grandes supermercados, la reconfiguración urbana se dirige a comercializar el espacio público mediante la proliferación de una estética similar, que convierta ciertos tránsitos urbanos en áreas especializadas para el consumo casual y turístico del ciudadano suburbano. De este modo, el establecimiento de ciertas estrategias y condiciones prima un uso hedonista y comercial frente a otros posibles.

Estas políticas derivan en dinámicas sociales y espaciales en los centros históricos, a través de los planes de renovación y conservación del patrimonio urbano, que dan como resultado procesos de tematización y espectacularización (Delgado, 2008) que amplifican procesos como la gentrificación. Con la excusa de no molestar a los nuevos “clientes” del espacio, aquella “diferencia” que supera ciertos umbrales de lo tolerable, es excluida o acondicionada como servicio. En definitiva, la

reordenación política y espacial de la ciudad neoliberal (Hackworth, 2007), que se constituye como el resultado de la puesta en marcha y propagación de esa ideología, implica la implementación de mecanismos que causen una exclusión cada vez más profunda.

En este capítulo quiero mostrar cómo la gestión neoliberal del espacio público tiene una serie de efectos sobre el desplazamiento y la segregación socioespacial (Sequera, 2014). En este sentido, nos acercamos a la teoría presentada por Neil Smith (2008) sobre el elemento revanchista de la gestión y control de los espacios públicos, planteando que las estrategias que las políticas urbanas adoptan frente a problemas reales o percibidos en el espacio público confirman que el discurso político privilegia el desplazamiento de los problemas sociales en lugar de su resolución. Así, además de considerar que la entrada de clases medias al centro de las ciudades modifica las prácticas sociales, como he presentado en el capítulo anterior, mediante una lucha simbólica y la más que probable hegemonización de algunas disposiciones de *habitus* importadas por los nuevos residentes —en lo que Zukin llamó irónicamente “domestication by cappuccino” (Zukin, 199: XIV)—, ahora abordaré otro de los dispositivos fundamentales en las políticas de higienización social: el control sobre la producción y gestión del espacio público por los distintos gobiernos locales y regionales.

Ahondaré por tanto en la gestión contemporánea de estos espacios, centrándome en los mecanismos de legitimación de la mano dura contra ciertos comportamientos, la creación de medidas disuasorias (videovigilancia), punitivas (ordenanzas) y preventivas (urbanismo preventivo) (Galdon Clavell, 2010: 5), que al mismo tiempo facilitan procesos como la gentrificación o la segregación urbana y el desplazamiento de la población

más vulnerable. En particular, propongo interpretar las políticas securitarias como dispositivos y tecnologías de gobierno.

La gubernamentalidad y el concepto de dispositivo

La ciudad, lugar de producción y consumo por excelencia en la economía global, articula el espacio y la vida en un cuerpo viviente, en el sentido descrito por Agamben (2006a: 11), es decir, como objetivo de las estrategias políticas de extracción. De este modo, cuando la producción deja de estar separada de la vida cotidiana, la ciudad al completo se convierte en una máquina de producción viva, objeto y sujeto de trabajo: materia prima y resultado al mismo tiempo. Esto es debido a la implantación de toda una serie de dispositivos, que hacen de las reestructuraciones urbanas planificadas un mecanismo para disciplinar a la ciudadanía (Delgado, 2007: 54) en el espacio urbano. De hecho, gestores urbanos, arquitectos y planificadores urbanos así lo formalizan en sus estrategias urbanas, que se despliegan creando un “otro espacio” (Foucault, 1997), aparentemente perfecto, meticuloso, ordenado, que choca fuertemente con el espacio real existente.

Así, la administración pública (a través de arquitectos, urbanistas y reguladores del espacio) —bajo una interpretación foucaultiana— tiene por objeto administrar y dirigir el funcionamiento de las ciudades, permitir y asegurar distintas formas de circulación de la población, de las mercancías, etc. En este proceso, la ciudad queda a merced de la vigilancia, de la inspección, en una búsqueda incesante de la ciudad ideal, donde las leyes gestionen el comportamiento de la ciudadanía bajo dispositivos de seguridad, manteniendo el riesgo sobre la

población dentro de los límites aceptables para el funcionamiento de la ciudad.

La regulación que se establece en el neoliberalismo (Brenner y Theodore, 2012) —en tanto modelo de gubernamentalidad— está construida sobre las relaciones posibles que se dan entre sujetos libres (Lorey, 2008: 63-64). Sin embargo, gobernar-se, que aparece bajo un criterio aparente de libertad, es al mismo tiempo un ejercicio de autodisciplina en el sentido de Elias (1990 [1987]), como autocoerción que fortalezca los temores internos, como coacciones que manifiestan los propios individuos en los procesos de racionalización (Zabludovsky, 2007: 77). En consecuencia, nos encontramos con una paradoja en la que los sujetos (figuradamente) soberanos de sí mismos son los gobernados: al fin y al cabo, el individuo es sujeto sobre el que se practica el poder. Así es como entienden las diferentes escalas de gobierno a la población: un conjunto de procesos que es menester manejar en sus aspectos naturales y a partir de ellos (Foucault, 2006). La población, en definitiva, se regulará sola en función de los recursos con que se les dote.

Y, como defiende Vázquez García (2005), se trataría de un gobierno reflexivo, que no gestiona la vida o la producción directamente, sino los dispositivos creados para gobernar estos procesos. Es decir, toda una serie de políticas administrativas que gestionan esa nueva civilidad, en la que las nuevas clases medias pugnan por hegemonizar espacialmente el centro de las ciudades, bajo un modelo de comportamiento en sociedad que parece ser el único legítimo. Como lo describe Rose (1999) al referirse a las “tecnologías psi”, se producen agentes, subjetividades y formas de saber que limitan los escenarios de relaciones posibles en los espacios urbanos. Estas subjetividades son puestas al servicio de ese “arte de gobernar”, que es capaz de articularlas con la finalidad de excluir otras

conductas, así como de rentabilizar el capital invertido en las clases medias profesionales. En consecuencia, este arte de gobierno neoliberal entiende a la sociedad como “un conjunto de energías e iniciativas por facilitar y potenciar” (Vázquez García, 2009: 14), basado en aparentes criterios técnicos desideologizados (Stavrides, 2010).

En este contexto, el Gobierno es entendido como técnica que ordena y corresponde entre sí el dispositivo triangular seguridad- población-gobierno. “Arte del buen gobierno”, dirá Foucault, en su acepción de ocuparse de la población, de hacer seguir una ruta, de sustentar, de conducir. Así, en las sociedades modernas las artes del buen gobierno no consisten en aplicar medidas represivas, sino en la extensión de un control del yo, una búsqueda constante de la perfecta civilidad neoliberal. Este juego de poderes está inscrito bajo una serie de dispositivos (Agamben, 2011; Foucault, 1991; Deleuze, 1999). Al respecto, Agamben (2011) recoge algunos fragmentos de una entrevista realizada a Foucault en 1977, donde se refiere a ellos como un conjunto de “discursos, instituciones, instalaciones arquitectónicas, decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos”, etc., con capacidad de orientar los discursos que se vehiculan en una sociedad.

Más allá de los métodos disciplinarios de las instituciones más rígidas estudiadas por Foucault (manicomios, prisiones, escuelas), aparecen otra serie de relaciones de poder más capilares, más sutiles o aparentemente más contradictorias y, al mismo tiempo, igual de eficaces que las primeras. Estos dispositivos tienen funciones que deben ser comprendidas en situaciones específicas y constan de relaciones de fuerza, de saber-poder. Pueden ser heterogéneos en sus formas, múltiples, multilineales, compuestos por líneas que provienen y atraviesan al sujeto desde diversas direcciones. Se trata, al fin y al cabo,

de dispositivos en tanto mecanismos de visibilización, de legibilidad de las sociedades.

De esta manera, dispositivos como la arquitectura, el urbanismo, los equipamientos públicos o el espacio público interaccionan entre ellos tejiendo una red de poder que configura el sentido de un lugar en el que el sujeto es expuesto. Agamben, por su parte, describe de la siguiente forma un dispositivo:

[...] llamaré literalmente dispositivo cualquier cosa que tenga de algún modo la capacidad de capturar, orientar, determinar, interceptar, modelar, controlar y asegurar los gestos, las conductas, las opiniones y los discursos de los seres vivientes (Agamben, 2011).

He dicho que la ciudad es un dispositivo, o un grupo de dispositivos. La teoría a la que usted se refirió antes era la idea sumaria de que uno puede dividir la realidad en, por un lado, los humanos y seres vivientes, y, por otro, los dispositivos que continuamente los capturan y retienen. Sin embargo, el tercer elemento fundamental que define un dispositivo, para Foucault también yo creo, son los procesos de subjetivación que resultan del cuerpo a cuerpo entre el individuo y los dispositivos. El sujeto es lo que resulta de la relación entre lo humano y los dispositivos. No hay dispositivo sin un proceso de subjetivación, para hablar de dispositivo [...] tiene que haber un proceso de subjetivación (Agamben, 2006b).

En conclusión, el sujeto es definido desde la gubernamentalidad, en clave espacial, sobre la base de un racionalismo planificador que trata de producir y conducir subjetividades políticas y, para ello, que interpela al espacio como generador de causalidades espaciales y ambientales aíslen

y/o fomenten la acción social. Son esas tecnologías, esas estrategias de poder, las que se deben analizar en los procesos sociales urbanos, las que someten las prácticas sociales —sobre el espacio público— a los márgenes tolerables para la ciudad capitalista contemporánea.

El espacio público atravesado

por las políticas neoliberales

En la actualidad, sobre el espacio público, como término urbano que contiene las calles, plazas y parques de una ciudad, se prescriben las diferencias de uso y las restricciones a determinados grupos sociales. Así, las relaciones de sociabilidad quedan condicionadas por el tipo de acceso y de uso que se practiquen en estas plazas y calles, o se delimitan hacia lugares privados o privatizados. Si tenemos en cuenta la perspectiva del espacio público como escenario de la vida común, la gentrificación de la esfera pública implica la creciente exclusión del espacio público de grupos no deseados. Así se prepara la escenificación de una “civilidad deseable” en el resto de la ciudad, en un escenario en el que el propio espacio público debe atraer a las personas deseadas, entre ellos, consumidores estándar y turistas.

El ejemplo más famoso en relación con la teoría de la gentrificación es el que Neil Smith (2012: 337-340) nos presentó a partir de la batalla campal que sucedió en los años ochenta del siglo XX en el mítico Tompkins Square Park, en Lower East Side de Nueva York, donde la campaña del Gobierno local consistió en plantear efectivamente esa lucha de clases abierta entre la gente sin hogar, que, según el discurso institucional, había secuestrado el parque, y el resto de la población, que tenía “derecho” a usarlo: lo que Smith llamó la New Urban Frontier (la nueva frontera urbana). Las políticas de esta

ciudad revanchista, tras la entrada del alcalde Giuliani (1994-2002), se convirtieron en precursoras de las políticas de zero tolerance (tolerancia cero), en la que técnicas de seguridad extremas cobraron un relieve internacional. Ya en 2001, Smith exploró este fenómeno en "Global social cleansing: postliberal revanchism and the export of zero tolerance", como una doctrina de "limpieza social" que se exportó a otras ciudades. De hecho, en algunas ciudades españolas encontramos claros ejemplos del continuismo de estas políticas, como es la expulsión de vendedores ambulantes y manteros de los espacios públicos del centro de la ciudad.

De este modo, la interrelación entre los distintos grupos sociales y étnicos queda limitada por la condición de uso espacial, fragmentado y fragmentario, debilitando la cohesión social. El espacio público como tal se ha convertido en un vacío entre construcciones que debe llenarse de acuerdo a los objetivos de promotores y gobiernos: espacios asépticos que aseguren sus conceptos de utilidad, seguridad y control (Delgado, 2011: 9). En este sentido, Delgado (2004) destaca el hecho de que se hayan institucionalizado diferentes políticas de prevención que incluyen la vigilancia, el nuevo diseño de espacios urbanos y la organización del control social.

De este modo, conceptos como el de "metrópolis punitiva", que utiliza De Giorgi, o la famosa "ciudad revanchista" de Smith (1996) representan estas estrategias de vigilancia o de recuperación como procesos clave en la ciudad contemporánea. Desde esta perspectiva securitaria, nos encontramos como sistema axiológico a la sociedad insegura en lugar de a la sociedad desigual (Beck, 2006: 69). La ideología del riesgo se impone y aumenta constantemente la necesidad de gestionar más riesgos, prolongándose según los intereses del mercado. Tal como nos presenta Sergio García (2009: 83), existen diversas

formas de comenzar un análisis que determine el porqué de las políticas de control: la formación de miedos específicos contextualizados históricamente, las incertidumbres propias de la modernización reflexiva y la sociedad del riesgo (Beck, 2006), las desarticulaciones y fragmentaciones propias de la flexibilización del trabajo (Sennett, 2000), la apuesta por las políticas represivas frente a las sociales (Davis, 1990), la diferenciación social y la homogeneidad espacial como objetivos (Low, 2004), o la progresiva sustitución de la sociedad disciplinaria descrita por Foucault por una nueva posdisciplinaria (De Giorgi, 2006).

Como advierten Coleman y Agnew (2007: 322), la producción de subjetividades en relación con el espacio puede ser analizada desde prácticas disciplinarias y desde tecnologías biopolíticas. Por un lado, la disciplina, que funciona aislando un determinado espacio (concentrando, centrando o encerrando), conforma un mecanismo que podemos considerar centrípeto y que circunscribe las relaciones de poder en términos de dispositivos de dominación (p. ej., la policía, la limitación del uso de los espacios públicos, etc.). Por otro lado, los dispositivos de seguridad propios de la era neoliberal, como la videovigilancia, que se incorporan a elementos como la producción, los comportamientos de compradores, consumidores, importadores, exportadores, etc., en un ciclo opuesto pero complementario al anterior, con una inercia centrífuga. Esta perspectiva nos servirá para poder entender cómo las prácticas distintivas se despliegan sobre el espacio público, bajo ambos ciclos, disciplina y seguridad, tratando de modelar al vecino-ejemplificador⁹.

Nos encontramos por tanto ante un paisaje urbano plagado de herramientas capaces de limitar y hacer exclusivo el uso de lo público. La maquinaria urbana tiene maneras muy sutiles de

aplicar políticas de expulsión mediante la segregación de uso o el control de los movimientos de dichos espacios. Como veremos a continuación, el espacio público está siendo hiperregulado en las últimas dos décadas, tratando de evitar sus usos tradicionales o culturales, para dar paso a espacios excluyentes. Estos intentos de desplazamiento o prohibición de usos se realizan mediante la potestad regulativa de las administraciones públicas y contienen diferentes formas y mecanismos. En este sentido, se pueden diferenciar algunas dimensiones fundamentales.

De la disciplina a la biopolítica: videovigilancia, burorepresión y urbanismo preventivo

La utilización de las cámaras de vigilancia aumenta incesantemente en los espacios públicos de las ciudades, controlando y grabando indiscriminadamente las prácticas cotidianas (no solo las que se encuentran fuera de la ley), lo que supone un refinamiento de las estrategias de saber-poder de los gobiernos sobre su población. La aplicación de unas cada vez más sofisticadas tecnologías (p. ej., la vigilancia con cámaras de alta precisión utilizada desde helicópteros durante manifestaciones y otros actos de protesta, la tecnología biométrica, los lectores de iris, de huellas digitales o la idea de la instalación de un chip bajo la piel de los ciudadanos) encierra a la población hasta naturalizar estas medidas. El poder vigila, castiga, normaliza el lugar; y no solo eso, sino que, paradójicamente, utiliza estos dispositivos de control tanto para generar una sensación de seguridad (cuestionable) como para recrear un sentimiento de desconfianza, pánico o miedo. Como nos recuerda Foucault (1990), no se trata de que el individuo sea castigado, sino de conseguir que ni siquiera se comporte mal, ya que se verá sometido a una visibilidad en el espacio público casi omnipresente (por suerte, aún no omnipotente). Para ello, los cuerpos policiales, uno de los principales dispositivos de la planificación urbana de las ciudades, obtienen una prótesis tecnológica que les otorga la legibilidad detallada del espacio público, un arma de saber-poder. Entre las razones que podemos vislumbrar para la potenciación de estas

tecnologías de control urbano, Davis (2001: 9) asegura que “esta vigilancia extensiva crea un scanscape (paisaje vigilado) virtual, un espacio de visibilidad protectora que delimita cada vez más la zona en la que los oficinistas y los turistas de clase media se sienten seguros en el centro”.

Un caso paradigmático es Reino Unido, con cuatro millones de cámaras (Sorrel, 2009), donde se han desarrollado sistemas de detección de comportamientos sospechosos (vehículos a gran velocidad, aglomeraciones de gente, objetos sospechosos, etc.) o capaces de distinguir a personas ya “fichadas” por la policía. Su puesta en práctica masiva la pudimos presenciar en los disturbios sucedidos en agosto de 2011 y la utilización de miles de cámaras instaladas por todo Londres para una “búsqueda y captura” de los saqueadores (Domínguez y Ezquiaga, 2012: 131), al más puro estilo western¹⁰. Sin embargo, muchas de ellas son inútiles (The Independent, 25 de agosto de 2009) y simplemente forman parte del juego de seguridad subjetiva y vigilancia del riesgo, o, lo que es lo mismo, de la subjetivación de ciertas formas de seguridad y del riesgo de ser vigilado. Lo que una generación puede percibir como represivo e ilegítimo, la venidera lo aceptará como natural.

De forma complementaria, estamos ante una propagación de leyes que normativizan el espacio público, que afectan precisamente a la población que más utiliza y se expresa en lugares abiertos, mediante la prohibición de ciertos usos como mendigar, beber alcohol, o la criminalización de prácticas culturales tradicionales en espacios públicos. En suma, estos dispositivos atacan a sujetos vulnerables, priorizando prácticas sociales hegemónicas y limitando los espacios para higienizarlos socialmente. Mediante estrategias de prevención, se legislan como delito ciertas prácticas en un intento por normativizar y naturalizar esta reconstrucción de “lo público” como “lo cívico”.

Se trata de esterilizar el lugar, bajo un poder disciplinario que desarrolla una tecnología de gobierno que distribuye actividades e individuos en el espacio urbano, fomentando modelos de conducta ciudadana propios del panóptico social. De hecho, este incremento de regulaciones en el espacio público, a través de ordenanzas de civismo y del incremento de la presencia física de la policía, que “se ha convertido en uno de los protagonistas principales de la planificación del centro” (Davis, 2001: 9), nos hace pensar en la burorepresión (Oliver et al., 2013) como uno de estos aparatos (dispositivos) gubernamentales. Se trataría del control y la disuasión mediante causas administrativas (no penales), que se ejercen sobre colectivos vulnerables o en exclusión (García, 2014: 1). Entre las razones esgrimidas, encontramos la falta de residencia legal en el país o prácticas sociales punibles. Así, en nombre del civismo, las ordenanzas municipales (de limpieza, de ruido, de actividades en la vía pública, etc.) han resignificado el concepto de espacio público para introducir una batería de medidas y sanciones burorepresivas contra la presencia en determinados espacios de los grupos sociales excluidos de la economía formal y de otros espacios privatizados y mercantilizados (García, 2014: 6).

Por supuesto, estos dispositivos securitarios conllevan una insistente estigmatización de áreas estratégicas y sectores sociales del barrio. Entre los resultados, podemos encontrar los controles de identidad selectivos, que suelen caracterizarse por ser controles sistemáticos bajo criterios xenófobos, racistas y clasistas. Estos tienen lugar en nodos de conexión y transporte, imposibilitando la libre circulación y la actividad normal de la ciudadanía. En algunos casos, se practican “detenciones preventivas”, algo que nos remite peligrosamente al concepto futurista de la “predelinuencia”. Como nos recuerdan Ávila y

Malo (2008: 511), “hoy es posible habitar en un lugar y no tener derechos en él; habitar en un lugar y no sentirse parte de él; tener derechos solo a medias en un lugar que habitamos y sentirse solo a medias parte de él; compartir espacio con personas que tienen distintos derechos que nosotros y a los que, por eso mismo, les espera un destino diferente”. Quizá esa sea una de las labores de la propia policía: recordar constantemente esa condición mediante el ejercicio discriminatorio de las redadas.

Estos dos dispositivos, videovigilancia y burorepresión, se están viendo acompañados en la ciudad neoliberal de políticas de “Prevención del delito mediante el urbanismo” (CPTED, por sus siglas en inglés), dentro del paradigma de la geoprevención, que trata de reducir las probabilidades de actos delincuentes mediante el control natural de accesos, la vigilancia natural, el mantenimiento de los espacios públicos o el refuerzo del territorio. Al respecto, Hernando (2008) nos advierte de la diferencia entre seguridad ciudadana y seguridad pública como cuestión fundamental para este tipo de políticas de geoprevención: la seguridad pública está regida por los servicios prestados de los diferentes cuerpos de policía y tribunales de justicia (concepción monopolística del Estado), para erradicar y controlar los comportamientos violentos y delictivos en una sociedad; mientras que en la seguridad ciudadana participan otros actores sociales (los ciudadanos, las organizaciones vecinales, etc.). Nos referimos a los programas de mutua vigilancia, organizados a través de las asociaciones de vecinos, así como nuevas formas de prevención, privadas y/o autogestionadas, como la vigilancia vecinal (neighbourhood watch), una iniciativa anglosajona que basa su idea en dotar a la sociedad civil de ciertos poderes y responsabilidades, donde emergen esas tecnologías del yo propias de la

gubernamentalidad neoliberal. Este tipo de políticas, basadas en la prevención espacial, pretenden contar con la complicidad de los ciudadanos y que estos se integren en las políticas de las instituciones. Estamos, por tanto, ante nuevas estrategias de microvigilancia, en las que es el propio ciudadano quien ejerce de policía, al ayudar —como ya hemos expuesto— en la recuperación de espacios para la revalorización del espacio urbano (Wacquant, 2008).

En este punto, Jane Jacobs (1961), autora que es citada desde ámbitos teóricos antagónicos de las ciencias sociales, ya dotaba de sentido al control social “informal” en la prevención del delito. Al respecto, afirmaba que para construir ciudades más seguras había que diversificar los usos del suelo urbano aumentando la actividad en la calle y fomentando posibilidades de vigilancia en espacios urbanos, solapando así la actividad vecinal normal con las posibilidades de observación. Posteriormente, Newman (1972) desarrolla estos conceptos, pero vinculando ya delincuencia con diseño urbano, lo que genera el concepto clave de espacio defendible. Su planteamiento pretende reestructurar el diseño urbano a partir de una comunidad, permitiendo a los vecinos el control de su entorno más próximo. Esta corriente científica entiende que el ambiente físico y social urbano suele generar oportunidades para cometer delitos, que pueden ser reducidos cambiando ciertos parámetros ambientales. Su postura es compartida por autores como Hernando (2008), que acentúa cinco conceptos para comprender esta metodología: control de acceso, vigilancia, refuerzo territorial, mantenimiento de espacios públicos y participación comunitaria.

Ideológicamente, todas estas políticas están basadas en la fábula de las ventanas rotas (broken windows) (Wilson y Kelling, 1982). Así explican Kelling y Coles (1996) la relación

existente entre un entorno deteriorado por comportamientos antisociales (ventanas rotas, grafitis, etc.) y los índices de delincuencia: una ventana rota sin reparar emite una imagen de que a nadie le importa y que, por tanto, se pueden romper más. Este tipo de corrientes (Kelling fue consultor de la National Police Foundation¹¹) fueron las precursoras de las políticas de tolerancia cero, que parten de la idea conservadora de que el vandalismo se retroalimenta si no se toman medidas, razón por la que estos autores defienden la supresión de todo lo discordante en el ambiente urbano. Se trata de poner en práctica la “prevención situacional, que sustituye todo intento de afrontar lo social removiendo las causas materiales de la desigualdad” (García, 2014: 1).

Así, en los últimos años encontramos técnicas de arquitectura defensiva y de urbanismo excluyente: puntas de metal en zonas estratégicas para evitar que pasen la noche los “sin techo”¹², retiradas o parcelaciones de bancos en espacios públicos (para impedir que se convierta en cama y cobijo para sectores vulnerables) o la instalación de sillas individuales en lugar de bancos¹³. Incluso se comienza a plantear el cese de la gestión de los barrios a entidades privadas¹⁴, así como permitir nuevas ordenanzas y leyes que impidan el derecho de reunión y el uso históricamente reivindicativo de estos espacios¹⁵, en lo que podríamos considerar un “estado de excepción” urbano (Vainer, 2011). En un propósito de “arquitecturizar” la sociabilidad (Delgado, 2004), se pretende gestionar lo impredecible.

Conclusiones

Como hemos observado, el espacio público es un dispositivo que, a partir de diversas tecnologías de gobierno (como las distintas arquitecturas de control, la videovigilancia, la burorrepresión o el urbanismo preventivo), trata de vigilar, castigar y normalizar procedimientos como la distribución de los individuos en el espacio o el control de la actividad, fomentando la desconfianza, el pánico, el miedo y la paranoia. Así, mientras las calles o las plazas generan encuentro, diálogo y sociabilidad, los espacios públicos —como aparatos de poder— trazan una línea diferencial entre distintos grupos sociales, estableciendo relaciones de dominación y procesos de subjetivación excluyentes. Estamos ante espacios públicos (resultado de las estrategias de poder, de los discursos y las luchas) que se construyen de manera desigual y conflictiva, a través de la apropiación específica de grupos sociales con distintos capitales (culturales, económicos, simbólicos), lo que produce desplazamiento y segregación.

Tenemos, por tanto, el hecho de la mirada y el hecho de la interiorización de comportamientos “civilizados” como ejes fundamentales de esta lógica de control. No se trata de que el individuo pueda ser castigado, sino de hacer que ni siquiera pueda actuar mal, en la medida en que se sentirá sumergido, inmerso en un campo de visibilidad total, en el cual la opinión de los otros, la mirada de los otros, el discurso de los otros le impiden obrar mal o hacer lo que se considera nocivo. Nos encontramos, por tanto, ante políticas de la seguridad propias del neoliberalismo, concebidas desde la proactividad (la biopolítica) en lugar de la reactividad (la represión). Estas arquitecturas de control regulan el encuentro impidiéndolo, gobiernan la interacción obstaculizándola y disciplinan los cuerpos invisibilizándolos (De Giorgi, 2006: 120). En definitiva,

esta gubernamentalidad urbana neoliberal produce la exclusión de otras prácticas sociales posibles.

Bibliografía

Agamben

, G. (2006a): *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia, Pre-Textos.

— (2006b): *Metrópolis* (conferencia). Disponible en <https://www.eldesconcierto.cl/2014/03/25/metropolis-una-conferencia-de-giorgio-agamben/>

— (2011): “¿Qué es un dispositivo?”, *Sociológica*, 26 (73), pp. 249-264. Disponible en <http://www.revistasociologica.com.mx/pdf/7310.pdf>

Atkinson,

R. (2003): “Domestication by cappuccino or a revenge on urban space? Control and empowerment in the management of public spaces”, *Urban Studies*, vol. 40, nº 9, pp. 1829-1843.

Ávila, D.

y

Malo,

M. (2008): “¿Quién puede habitar la ciudad? Fronteras, gobierno y transnacionalidad en los barrios de Lavapiés y San Cristóbal”, en *Observatorio Metropolitano* (eds.), Madrid, ¿la suma de todos? Globalización, territorio, desigualdad, Madrid, *Traficantes de Sueños*.

Beck

, U. (2006): *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad*, Barcelona, Paidós.

Brenner, N.

y

Theodore, N

. (2012): "Cities and the Geographies of 'Actually Existing Neoliberalism'", *The Urban Sociology Reader*, nº 138.

Coleman, M.

y

Agnew

, A. (2007): "The problem with Empire", en J. Crampton y S. Elden (eds.): *Space, Knowledge and Power. Foucault and Geography*, Aldershot, Ashgate, pp. 317-339.

Davis,

M. (1990): *City of Quartz: Excavating the Future in Los Angeles*, Londres, Verso.

— (2001): *Más allá de Blade Runner. Control urbano: la ecología del miedo*, Barcelona, Virus.

De Giorgi

, A. (2006): *El gobierno de la excedencia: postfordismo y control de la multitud*, Madrid, Traficantes de Sueños.

Deleuze

, G. (1999): "¿Qué es un dispositivo?", en Michel Foucault, filósofo, Barcelona, Gedisa.

Delgado

, M. (2004): "De la ciudad concebida a la ciudad practicada. En Crisis y Reinención de la Ciudad contemporánea", *Archipiélago*, nº 62. Disponible en <http://es.scribd.com/doc/57990419/Manuel-Delgado-articulo-de-Internet-sobre-espacio-publico>

— (2007): *La ciudad mentirosa. Fraude y miseria del "Modelo Barcelona"*, Madrid, Los Libros de la Catarata.

— (2008): "La artistización de las políticas urbanas: el lugar de la cultura en las dinámicas de reapropiación capitalista de la ciudad", *Scripta Nova*, vol. XII, nº 270 (69), X Coloquio Internacional de Geocrítica. Disponible en <http://www.ub.edu/geocrit/-xcol/393.htm>

— (2011): *El espacio público como ideología*, Madrid, Los libros de la Catarata.

Domínguez Sánchez-Pinilla, M.

y

Ezquiaga Fernández,

M. (2012): “Cuando la rabia prende”, *Teknokultura. Revista de Cultura Digital y Movimientos Sociales*, vol. 9, nº 1, pp. 123-147.

Elias,

N. (1990 [1987]): *La sociedad de los individuos: ensayos*, Barcelona, Península.

Foucault

, M. (1978): *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta.

— (1980): “El ojo del poder”, entrevista con Michel Foucault, en J. Bentham: “El Panóptico”, La Piqueta, Barcelona, traducción de Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría.

— (1997): “Los espacios otros”, *Astrágalo: revista cuatrimestral iberoamericana*, nº 7, pp. 83-91.

— (1990): *Tecnologías del yo y otros textos afines*, Barcelona, Paidós.

— (1991): *El interés por la verdad. Saber y verdad*, Madrid, La Piqueta.

— (2006): *Seguridad, territorio, población. Curso en el Collège de France: 1977-1978*, Buenos Aires, FCE.

Foucault,

M. (2009): *Nacimiento de la biopolítica: curso del Collège de France (1978-1979)*, vol. 283, Madrid, Akal.

Galdon Clavell

, G. (2010): “La pulsio securitaria a la ciutat contemporania”, *Políticas Públicas y Modelos de Ciudadanía*, Barcelona, CIDOB y Diputació de Barcelona.

García García,

S. (2014): “#Policías en acción. El Plan de seguridad de Lavapiés”, Working Paper Series Contested_Cities: Serie (I). Gentrificación, resistencias y desplazamiento en España. Disponible en <http://contested-cities.net/working-papers/2014/policias-en-accion-el-plan-de-seguridad-de-lavapiés/>

— (2009): “Identidad, violencia y resistencia: hacia una reconceptualización del miedo urbano”, en Y. Mellado (coord.), La dinámica del contacto: movilidad, encuentro y conflicto en las relaciones interculturales, CIDOB, Barcelona. Disponible en http://www.cidob.org/es/publicaciones/monografias/monografias/la_dinamica_del_contacto_movilidad_encuentro_y_conflicto_en_las_relaciones_interculturales

Hackworth,

J. (2007): The neoliberal city. Governance, ideology and development in American urbanism, Ithaca, Cornell University Press.

Hernando Sanz

, F. (2008): “La seguridad en las ciudades: el nuevo enfoque de la geoprevención”, Scripta Nova: revista electrónica de geografía y ciencias sociales, vol. 12, nº 270 (14). Disponible en <http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-270/sn-270-14.htm>

Jacobs

, J. (1961): The death and life of great American cities, Nueva York, Vintage Books.

Kelling, G.

y

Coles, C

. (1996): Fixing Broken Windows: Restoring Order And Reducing Crime In Our Communities, Nueva York, Free Press.

Lorey,

I. (2008): “Gubernamentalidad y precarización de sí. Sobre la normalización de los productores y las productoras culturales”,

Transform, Producción cultural y prácticas instituyentes. Líneas de ruptura en la crítica institucional, pp. 57-78.

Low,

M. (2004): "Cities as Spaces of Democracy: Complexity, Scale and Governance", en C. Barnett y M. Low (eds.), Spaces of Democracy. Geographical Perspectives on Citizenship, Participation and Representation, Londres, Sage Publications, pp. 129-146.

Newman,

O. (1972): Defensible space, Nueva York, Macmillan.

Oliver

, P. (coord.) (2013): Burorrepresión. Sanción administrativa y control social, Madrid, Bomarzo.

Rose

, N. (1999): Powers of Freedom: Reframing Political Thought, Cambridge, Cambridge University Press.

Sennett,

R. (2000): La corrosión del carácter: las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo, Barcelona, Anagrama.

Sequera,

J. (2014): "Ciudad, espacio público y gubernamentalidad neoliberal", Urban, nº 7, pp. 69-82.

Sevilla Buitrago,

A. (2009): "Hacia una investigación de la biopolítica del espacio urbano", Boletín CF+ S, nº 44.

Sorrel,

C. (2009): "Britain to Put CCTV Cameras Inside Private Homes", Wired. Disponible en <http://www.wired.com/gadgetlab/2009/08/britain-to-put-cctv-cameras-inside-private-homes> (consultado el 8 de agosto de 2011).

Smith

, N. (1996): *The New Urban Frontier. Gentrification and the Revanchist City*, Londres, Routledge.

— (2001): “Global social cleansing: Postliberal revanchism and the export of zero tolerance”, *Social Justice*, pp. 68-74.

— (2008): “Gentrificación generalizada; de la anomalía local a la ‘regeneración urbana’ como estrategia global urbana”, en Diputación de Barcelona, *Ciudades en (re)construcción: necesidades sociales, transformación y mejora de barrios*, colección Estudios, serie Territorios 5, Barcelona.

— (2012): *La nueva frontera urbana: Ciudad revanchista y gentrificación*, Madrid, Traficantes de Sueños.

Stavrides

, S. (2010): *Towards the City of Thresholds*, Trento, Professional Dreamers.

The Independent

(2009): “CCTV in the spotlight: one crime solved for every 1.000 cameras”, 25 de agosto. Disponible en <http://www.independent.co.uk/news/uk/crime/cctv-in-the-spotlight-one-crime-solved-for-every-1000-cameras-1776774.html> (consultado el 5 de julio de 2011).

Vainer

, C. (2011): “Cidade de Excecao: reflexoes a partir do Rio do Janeiro”, *Anais do Encontro Nacional da ANPUR*, nº 14.

Vázquez García

, F. (2005): “Empresarios de nosotros mismos: Biopolítica, mercado y soberanía en la gubernamentalidad neoliberal”, en F. J. Ugarte Pérez (coord.), *La administración de la vida: estudios biopolíticos*, Madrid, Anthropos, pp. 73-103.

— F. (2009): *La invención del racismo. Nacimiento de la biopolítica en España*, Madrid, Akal.

Wacquant

, L. (2008): "Relocating Gentrification: The Working Class, Science and the State in Recent Urban Research", *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 32, nº 1, pp. 198-205.

Wilson, J.

y

Kelling, G

. (1982): "Broken Windows: The Police and neighborhood safety", *The Atlantic*. Disponible en <http://www.theatlantic.com/magazine/archive/1982/03/broken-windows/304465>

Zabludovsky

, G. (2007): *Norbert Elias y los problemas actuales de la sociología*, México, Fondo de Cultura Económica.

Zukin

, S. (1995): *The Cultures of Cities*, Oxford, Blackwell.

Capítulo 4

Turistificación, transformación urbana y nuevas precariedades

En la última década, el turismo, el ocio y el entretenimiento han sido estrategias-refugio para operar bajo la nube negra de la Gran Recesión (2008-2016). Esto ha hecho que el turismo urbano se haya convertido más que nunca en un elemento central de la transformación espacial, económica, social y cultural de los territorios metropolitanos de todo el mundo. La reciente turistificación de los barrios del centro histórico de muchas ciudades europeas está provocando, sin embargo, fuertes impactos sociales, espaciales y económicos y generando tensiones en la convivencia dentro de la comunidad: la presión sobre los mercados inmobiliarios locales; el creciente desplazamiento espacial de ciertas capas de la población y su efecto rebote en barrios periféricos; la promoción de nuevas formas de ocio mercantilizado y de construcción de la ciudad 24 horas; la desaparición de un comercio de proximidad reemplazado por negocios orientados al turismo; la saturación del espacio público o el exponencial crecimiento de perfiles laborales supeditados a una economía turística voraz, capaz de precarizar laboralmente hasta la última parcela de dignidad profesional, cronificando un sector del mercado laboral que está a la cola en salarios y derechos.

El debate en estos últimos años se ha polarizado. Por un lado, el estatus del turismo y el ocio en muchas ciudades europeas ha cambiado radicalmente a ojos de los legisladores urbanos y las elites empresariales hoteleras durante los últimos años. El neolenguaje político usado desde la economía del turismo urbano ha procurado por todos los medios hacernos pensar hasta hace muy poco tiempo que éste contribuía significativamente no solo a revitalizar los barrios históricos

degradados de algunas ciudades de Europa, sino que también proporcionaba empleo, era fuente de oportunidades y de emprendimiento entre parados de larga duración, entre jóvenes y no tan jóvenes, entre cualificados y no cualificados. En paralelo, el “consumo colaborativo” y la economía de plataforma asociada al turismo urbano han ido adquiriendo un papel central en la reorganización de la vida cotidiana económica y social de la “ciudad turística”. De hecho, la reciente ola de turistificación en las mayores ciudades de Europa está teniendo como principales protagonistas a empresas como Airbnb, Uber o Glovo y a los mercados financieros que rápidamente se han introducido en este sector. De este modo, la reciente expansión tanto de las empresas de viajes low cost y de las plataformas de alquiler de pisos turísticos (Airbnb, Homeaway) ha incrementado la presión sobre barrios del centro histórico de muchas ciudades europeas, con fuertes repercusiones sociales, espaciales y económicas.

Por otro, esta reciente expansión de la turistificación ha alimentado a su vez la indignación vecinal y la resistencia local dentro de la “ciudad turística”. Estas protestas han centrado su lucha en revelar los impactos negativos de esta dinámica sobre el derecho a la vivienda, en la construcción de la ciudad para el monocultivo del turismo y la estudentificación causada por los efectos de la movilidad Erasmus (Malet, 2018), en la expulsión de familias de barrios turistificados o en el deterioro de la convivencia vecinal. Como ejemplo de entereza, colectivos como Lavapiés, ¿dónde vas?, en Madrid; la Asamblea de Barris pel Decreixement Turístic (ABDT), en Barcelona; Ciutat per a qui l'habita, en Palma; o CACTUS (Colectivo-Asamblea Contra la Turistización de Sevilla) muestran un camino por el que transitar para repensar el modelo de ciudad que queremos y necesitamos.

En la primera parte dibujaré un escenario que amplíe las preguntas sobre las causas y, sobre todo, los impactos de la turistificación urbana. En la segunda parte, me acercaré brevemente desde una sociología de la vida cotidiana a los procesos de airbnbización de la vida urbana y a la uberización de la ciudad. Finalmente en la tercera, trataré de esbozar algunos ejes sobre los que se construye socialmente la subjetividad del “ser turista” para comprender su papel en el entramado de la ‘ciudad turística’.

De los usos (y abusos) de la teoría de la gentrificación para explicar la turistificación urbana tras la crisis

Cuando uno de los autores pioneros en hacer circular el concepto de gentrificación turística, Gotham (2005, señalaba en 2005 que algunas parcelas de ocio estaban relacionadas con el turismo y con la gentrificación en Nueva Orleans, el reciente proceso de turistificación aún no había comenzado. Cuando el fenómeno Airbnb comenzó a instaurarse en el centro de las ciudades a partir de 2010 (aunque la start up comenzara en 2008) y las distintas economías de plataforma sedimentaron sobre el tejido económico, aquella economía del turismo que podía convivir con los procesos de gentrificación, e incluso funcionar como un dispositivo de este, dio un salto cualitativo al introducirse en parcelas de la vida urbana donde aún no había entrado, produciendo un efecto nítidamente diferente.

La turistificación ya no puede ser vista sencillamente como un vehículo para el aburguesamiento residencial o espacial (Sequera y Nofre, 2018). Si bien es cierto que algunos barrios históricos de clase trabajadora de las ciudades del sur de Europa se han transformado en lugares de consumo y sitios turísticos, no parece que este fenómeno esté causando una necesaria gentrificación de estos barrios. Y aunque es verdad que el entretenimiento, el ocio y el alojamiento han comenzado a sustituir gradualmente las actividades residenciales y comerciales tradicionales de las zonas urbanas centrales y a vaciar los barrios de su población original, me parece complejo

asumir que esto necesariamente sea considerado (solo) como (un tipo de) gentrificación.

En primer lugar, una aclaración. La llamada gentrificación transnacional, que pareciera en primera instancia estar estrechamente relacionada con la turistificación, conjuga en esencia las propiedades del concepto clásico (reinversión de capital, entrada de grupos sociales de más altos ingresos, cambios en el paisaje urbano, desplazamiento de grupos sociales de ingresos bajos), con la compra de propiedades de segunda vivienda a partir del considerado turismo residencial por parte de una clase media y/o elite transnacional (O'Reilly, 2007; Rofe, 2003). Como resultado, estos nuevos residentes — ejercen una presión al alza sobre los precios de las viviendas locales, acelerando los procesos de gentrificación, en los mismos términos que he presentado a lo largo del libro. Es decir, la gentrificación transnacional está estrechamente relacionada con los procesos de colonización urbana global llevados a cabo por las nuevas clases medias-altas transnacionales que entran en el paisaje urbano como compradores de viviendas.

En segundo lugar, me gustaría volver a retomar como premisa las cuatro condiciones que Davidson y Lees (2005) utilizan para definir el aburguesamiento socioespacial (y que utilizamos en el primer capítulo): la existencia de inversión de capital público y/o privado; los cambios en el paisaje urbano; la llegada de nuevos residentes altamente cualificados y/o de altos ingresos; y el desplazamiento de la población de menores recursos. La turistificación y la gentrificación pueden considerarse dos procesos distintos que comparten algunas características similares, pero con causas e impactos distintos. Así, uno de los enfoques que más preeminencia está teniendo en la comprensión de la “ciudad turística” en los últimos años

se ha centrado principalmente en la reproducción de una doble dicotomía, es decir, en la ecuación especulación + expulsión = gentrificación + desplazamiento. Algunos incluso lo han llamado la gentrificación 4.0. Esta doble dicotomía se ha considerado en general como el enfoque teórico, conceptual y metodológico más aceptado para examinar la forma en la que la turistificación está remodelando el tejido urbano desde el punto de vista social, espacial, económico, político y cultural. Creo, sin embargo, que la manera en que se imagina, negocia y desarrolla la “ciudad turística” entre actores sociales diferentes requiere otra aproximación.

No estoy afirmando aquí que ambos procesos capitalistas sean antagónicos entre sí, porque en ocasiones pueden ser complementarios en los procesos de captura de plusvalía urbana, pero en otras ocasiones generan efectos diferentes, incluso de choque. Lo que me gustaría destacar es que deben ser examinados como dos procesos distintos pero complementarios (o incluso simultáneos). En este sentido, me hago algunas preguntas al respecto:

Si la turistificación es un tipo de gentrificación o acompaña a la gentrificación: ¿por qué las clases medias altas querrían trasladarse a barrios turísticos? ¿Por qué las clases medias profesionales querrían vivir en un parque temático?

Lo cierto es que la expansión de un “turismo depredador” (Köhler, 2011) en las zonas urbanas centrales de muchas ciudades postindustriales de todo el mundo —pero especialmente en muchas de las ciudades del sur de Europa— es denunciada constantemente como incivilizada precisamente en varios barrios gentrificados (Nofre et al., 2018). El deterioro de la habitabilidad de la comunidad pone en grave peligro la coexistencia entre turistas y residentes; y es que el

turista/turismo a menudo choca con el imaginario y las expectativas de los “nuevos” residentes haciendo que las viejas prácticas “civilizatorias” llevadas a cabo por las clases medias y medias-altas locales en estos barrios gentrificados se están viendo enturbiadas con la banalización de las prácticas turísticas. De este modo, su ansiada construcción de la ciudad burguesa y capitalista y su topografía del poder se está trastocando, debido a la llegada de nuevos actores.

Los patrones de consumo de los “turistas depredadores”, ¿son idénticos o difieren de las clases medias-altas locales? ¿Existen procesos de distinción social entre los propios turistas? ¿Tienen los turistas un papel elitizador?

Por un lado, la homogeneización y estandarización de la “experiencia turística” urbana está acelerando paradójicamente la búsqueda de nuevas formas de consumo distintivas entre los turistas y visitantes del llamado “turismo de lujo”. Éstos se alejan de barrios masificados, cool o mestizos, en busca de prácticas sociales que les acerquen más a aquellas que ejercen las clases altas locales, produciendo, reproduciendo y consumiendo nuevos patrones de consumo y estilos de vida que tienen como objetivo diferenciarse de los “turistas comunes” que inundan las ciudades. Por otro, es importante señalar en este sentido que muchos turistas y visitantes podrían adscribirse a las clases trabajadoras (y por tanto, a sus prácticas sociales) de sus propios países de origen. Por esa misma razón, su posición como turistas no tendría un papel simbólico, cultural y económico central “elitista” en relación con un posible proceso de “aburguesamiento clásico”, sino precisamente lo contrario, achacándoles —tal y como se hacen eco los medios de comunicación y algunos colectivos vecinales— “conductas incívicas”, “amorales” o “vulgares”.

Además, frente a las dinámicas comerciales de la gentrificación (comercios chic, sofisticados, ostentosos o con aires posbohemios), la transformación del paisaje comercial tradicional de las zonas urbanas turistificadas tiende a disneyficarse y franquiciarse, y a menudo a convertirse en productos más baratos que en el proceso anterior, como ocurre con los bares low cost de las zonas nocturnas (Aramayona et al., 2019). Mientras que el primer paisaje (el gentrificado) responde a la espacialización de los patrones de consumo de las clases medias-altas locales y, por qué no, a cierto tipo de turistas con capital económico alto, tal y como lo planteábamos en el capítulo 2 —estrechamente relacionados con los mecanismos y estrategias de acumulación de capital cultural y distinción social—, el segundo (la turistificación) no conduce por sí mismo al aburguesamiento (aunque puede causar diferentes formas de desplazamiento), sino todo lo contrario. Y es que el turista puede ser visto como un habitante temporal y tiene, sin duda, un papel central en la producción, reproducción y consumo del espacio urbano cotidiano. Sin embargo, el visitante no tiene un habitus turístico único, simple y lineal, ni tampoco pertenece de manera obstinada u homogénea a una clase social específica. Por el contrario, las formas de turismo (y por tanto de turista) son realmente amplias, por lo que no tienen por qué compartir prácticas de clase con los clásicos gentrifiers.

¿Se están gentrificando otros barrios por efecto de la turistificación? ¿Están rompiéndose otras fronteras urbanas para que las clases medias urbanas puedan separarse del turista?

Como hemos visto también en los últimos años, la fobia al turista se ha extendido recientemente entre muchos residentes

como respuesta a los procesos de expulsión espacial de la comunidad local. En ciudades como **Ámsterdam**, **Barcelona**, **Berlín**, **Praga**, **Venecia**, **Madrid** o **Lisboa**, entre otras, la euforia original asociada a la llegada del turismo como catalizador de la revitalización socioeconómica de ciertas zonas del centro de la ciudad ha dado paso a protestas y conflictos sociales (Colomb y Novy, 2017). En varias ciudades del mundo, la turistificación es principalmente el resultado de los vínculos especulativos entre los actores que invierten en ambos campos: el turismo urbano y la economía inmobiliaria. Como he presentado anteriormente, el término “desplazamiento”, estrechamente vinculado a los polifacéticos procesos de acumulación por desposesión, tiene lugar también en la “ciudad turística”. De hecho, las diferentes formas de desposesión están estrechamente relacionadas con las diferentes formas de expulsión (Sassen, 2014) y la forma en que el desplazamiento adopta múltiples maneras de generar nuevos “cercamientos” urbanos, donde los procesos de desterritorialización-territorialización operan, también, en la ciudad turística.

Sin embargo, la turistificación a menudo implica el dramático deterioro de la habitabilidad de la comunidad (es decir, denuncias vecinales por suciedad de las calles, altos niveles de ruido, episodios de violencia, fiestas, consumo de alcohol en la calle, etc.). Este proceso está desencadenando , un efecto rebote que favorece los procesos de gentrificación en zonas aún no abarcadas de la ciudad a través de los nuevos movimientos de las clases medias profesionales y/o transnacionales, que huyen de la banalizada y superpoblada ciudad turística, colonizando nuevos espacios urbanos aledaños.

Entonces, ¿qué es la turistificación?

La turistificación debe ser entendida, también en las zonas urbanas centrales, como el resultado de la transformación completa del espacio urbano en un espacio turístico (Belhassen, Uriely y Assor, 2014: 174-189); un proceso multifacético de cambio urbano promovido por agentes locales y transnacionales y estrechamente relacionado con la mejora de la competitividad del turismo y la capacidad de atraer visitantes (Fernandes, 2011: 285-307). El término “turistificación” se definiría así como la transformación del turismo de una “práctica cultural” en una estrategia de política urbana, con el objetivo de “(re)crear una nueva ciudad para atraer a los turistas” (Muselaers, 2017: 12).

Podemos comprender la turistificación, por tanto, como el proceso de transformación socioespacial derivado de la monofuncionalidad de los lugares, vinculados directamente a la economía del turismo. La turistificación tiene varias fuerzas que implican el fortalecimiento de esta dinámica capitalista, como son las empresas estratégicas del sector, los mercados locales y transnacionales, los gestores territoriales, las políticas públicas (por acción u omisión) y las prácticas y tendencias del turista. En este sentido, medidas liberalizadoras como los cambios en la legislación de los alquileres (Portugal o España) han permitido la irrupción de las economías de plataforma y particularmente del modelo Airbnb: un paradigma que, lejos de practicar una economía colaborativa, se basa en la terciarización de la vivienda, el extractivismo y el rentismo inmobiliario, donde se hacen fuertes actores como los

multipropietarios, los fondos buitres, las SOCIMI y el capital riesgo (Gil y Sequera, 2018).

Por tanto, son precisamente la consolidación, el crecimiento desorbitado y la monofuncionalización de estos espacios para el turismo los que han hecho que el proceso, al intensificarse, pueda ser considerado como turistificación. Siguiendo a Calle Vaquero (2019), este proceso se manifiesta en la actualidad con: a) la hiperpresencia del visitante/turista en espacios centrales (a lo que añadiría su lenta pero constante penetración en los barrios de la primera periferia urbana); b) el incremento y expansión de las actividades económicas y de consumo elaboradas para el visitante/turista: desde el desarrollo inmobiliario de una gama amplia de hospedaje en hoteles hasta los negocios (incluidos aquellos relacionados con el capitalismo digital) de movilidad que han venido de la mano de un cambio en la movilidad turística (Uber, Segway, bicicletas de alquiler, etc.); c) la adaptación de los negocios a la fórmula turística: aumento del fast food, del franquiciado, del bar low cost, de la gourmetización de los mercados de abastos (Sequera, Cabrerizo y Bachiller, 2017) y de las grandes cadenas mundiales de ropa y restauración; d) la terciarización de la vivienda, así como los negocios que lleva aparejada; y e) el predominio de elementos turísticos en el nuevo paisaje urbano turistificado.

Así, podemos encontrar diversos efectos, impactos y amenazas en las dinámicas de turistificación. Impactos que pueden ser económicos a distintos niveles (en el empleo, el coste de la vida, los sistemas de propiedad, los servicios, los negocios locales, las inversiones, los sistemas impositivos, la renta per cápita); socioculturales (en los festejos, el patrimonio intercultural, las características socioculturales de los residentes, las creencias y los valores, las identidades, los conflictos sociales, los cambios en la cultura tradicional); y

medioambientales (en los parques y espacios públicos, el aire, el agua, el ruido, el paisaje urbano y arquitectónico, la estacionalidad, la conservación del patrimonio, la huella ecológica) (Muselaers, 2017).

Este proceso de intensificación del turismo, y que se acentúa en la era post-recesión global, no ha actuado solo como un paracaídas de seguridad de la economía global, es decir, no solo ha sostenido, sino que ha abierto nuevas fronteras en los procesos de acumulación y reproducción capitalista. Sin duda, estamos ante diversas facetas que el turismo muestra en esta etapa neoliberal capitalista, entre las que podríamos señalar las siguientes claves en una agenda de investigación crítica que ya se está desarrollando, en mayor o menor grado (Cañada y Murray, 2019; Sequera y Nofre, 2018, 2019):

El papel clave del turismo en ciertas soluciones transitorias de las crisis sistémicas y su enorme fragilidad en crisis socio(bio)ambientales (desastres naturales, pandemias, cambio climático, etc.) y sociales (guerras, revueltas, movilizaciones sociales, conflictos armados, etc.)

Los procesos de mercantilización de la naturaleza: el ecoturismo o el turismo sostenible.

Los imaginarios turísticos contruidos y sus implicaciones culturales e identitarias.

El turismo de la miseria (slum tourism) y el necroturismo, war tourism, death tourism).

Colonialismo y neocolonialismo turístico. Racismo(s) y turismo.

El turismo residencial internacional.

Una mirada feminista a los impactos de la turistificación, desde la feminización del trabajo turístico hasta el turismo sexual.

Las corporaciones transnacionales turísticas y los vínculos entre capital financiero, empresas hoteleras y las economías de plataforma (Airbnb, Uber, Deliveroo).

Las transformaciones de la vida cotidiana a través del consumo turístico y su airbnbización.

El transporte aéreo privado (low cost) y las infraestructuras públicas.

La precarización del empleo en y a través del turismo.

Los conflictos urbanos en las ciudades turísticas (expulsiones y activismo) y las respuestas regulatorias al turismo.

Cronotopías del turismo: el turismo diurno y el turismo nocturno.

La contradicción de la expansión turística en un planeta finito: los retos del cambio climático y el turismo.

Artificialización de la naturaleza: violencia medioambiental (ecofascismo) y turismo.

La formulación de alternativas turísticas poscapitalistas y feministas (Gibson-Graham, 2006; Brouder, 2018).

El decrecimiento turístico y la repolitización de su sostenibilidad.

Los impactos sociales de una ciudad airbnbizada

Algo a lo que deberíamos atender, con un coste social incalculable, y que estamos dejando de lado, es la rápida airbnbización de las vidas, que está cambiando de forma acelerada las prácticas de la vida cotidiana, rearticulando las narrativas y experiencias propias del compartir e incluso los significados de la vivienda como hogar o de la experiencia como descubrimiento. En realidad, esta “economía colaborativa” está implicando grandes cambios en los estilos de vida del centro de las ciudades. Donde la vivienda compartida implicaba, sin caer en la romantización, ciertas formas de compañerismo, camaradería y amistad, ahora el espacio social queda marcado por una artificial relación “anfitrión-huésped”, utilizando el lenguaje biologicista, casi patógeno, que maneja Airbnb para relacionarnos. Relaciones sociales que ahora pueden quedar trabadas (aún más) por la mercantilización del espacio casero y la reconversión de la convivencia en un trabajo, en una gestión.

Así, se retuercen conceptos como hospitalidad o confianza convirtiéndolos en un servicio que el “anfitrión” da a cambio de dinero: “con tan solo alquilar tu sofá o tu propia habitación un par de fin de semanas al mes, tu problema quedará resuelto”, nos dicen los responsables de marketing de Airbnb; “con tan solo alquilar una casa de dos habitaciones (y alquilar temporalmente una de ellas), podré costearme vivir en el barrio que escoja”, piensa el anfitrión; “si un compañero/a de piso deja libre su habitación un fin de semana, no desperdices el

'activo', el valor añadido y sé un buen emprendedor", te dirá la sociedad. Quizá el armario pueda ser una habitación y nunca lo habías pensado. Es más, quizá puedas meter dentro unas literas.

De hecho, ya existen casos en ciudades donde se alquilan coches para dormir. Así, la mercantilización y estandarización del turismo "colaborativo" está reformulando el conjunto de estrategias de aquellas personas que hemos compartido o comparten vivienda. Sumado a esto, las desigualdades sociales basadas en el género, la raza, la etnia, la clase, la cultura o la religión, y sus intersecciones, se encuentran también atravesando qué y con quién vives (temporalmente). En un distópico presente (Black Mirror, en el capítulo "Caída en picado", "Nosedive" en inglés), las puntuaciones que obtienes como anfitrión o como huésped determinan las oportunidades que tendrás de vivir en un determinado lugar. Tu reputación digital (online) está cada vez más presente en el encuentro offline. Porque de la segregación no quedan exentos los turistas.

No solo eso. Si la estandarización de Ikea ya homogeneizó nuestras casas, ahora, casi en un juego de escaleras de Escher, tenemos la habitación "replicada" en cada rincón del mundo: una pared con nombres de ciudades del mundo, otra con una frase del tipo "Home is where the wine is" y, con suerte, un cojín con un corazón bordado y una botella de vino (de la región, claro) esperándonos.

Asimismo, florece una economía de la precariedad, sustentada sobre los trabajadores uberizados, en muchos casos sumergida: limpiadores/as, guías turísticos, conductores de Uber, riders-repartidores, tuktukeros, etc. Esta economía profesionalizada de Airbnb ha hecho que los pocos residentes que quedan en algunos de estos barrios dependan en gran

medida de la economía derivada de la fuerte presión de la ciudad turística. No solo eso, sino que mantiene una fuerte dependencia de los empleos precarios e intermitentes asociados a los apartamentos de alquiler a corto plazo: mujeres jubiladas que lavan y planchan la ropa de cama en sus casas; mujeres adultas que limpian estos apartamentos turísticos; hombres adultos desempleados que actúan como “manitas” para todo lo que se necesita (llevando botellas de gas butano, haciendo de electricistas, etc.); jóvenes que trabajan como administradores de apartamentos turísticos; amas de llaves que trabajan como guías turísticas improvisadas, etc. En resumen, la vida de una población empobrecida se ha airbnbizado mediante la externalización de los costes y riesgos sobre los propios trabajadores del precariado urbano. Mientras, estas empresas del capitalismo digital dirán que no tienen trabajadores, que tan solo gestionan plataformas (Brossat, 2019). Ya no se trabaja, dirán, se intercambia.

Así, encontramos páginas como Trip4Real, donde el turista paga por experiencias locales; o Taskrabbit, donde la filosofía del intercambio también se ha monetizado. O relaciones laborales precarias como en peers.org, donde quienes buscan trabajo podrán hacerlo en puestos relacionados con la economía turística p2p. El propio portal de Airbnb ofrece este tipo de experiencias, donde lo más (irónicamente) sugerente en el caso de una ciudad como Madrid, Sevilla o Valencia sería salir de tapas con un foodie local, dar una clase de flamenco o aprender a hacer una “verdadera” paella.

¿Y el turista? De lo exótico a lo cotidiano.

Nadie quiere ser turista

El libro del sociólogo John Urry, *The Tourist Gaze* (1991), marca un punto de inflexión en los abordajes del turismo en el capitalismo flexible y la sociedad posindustrial. Este giro cultural en la naturaleza inmaterial de la experiencia hace que Urry se fije no solo en la economía y la organización del turismo en el posfordismo, que ofrece viajes personalizados, basados en modelos flexibles de adaptación del gusto y la diversificación de los productos, sino en la construcción social del deseo y la mirada el turista.

John Urry afirma que nuestros deseos de visitar lugares y las formas en que apreciamos visualmente esos lugares son organizados socialmente. Defiende que la experiencia de los turistas está supeditada a la producción de lugares para el consumo visual. Esta noción de la mirada turística (*tourist gaze*) implica que los profundos cambios en el turismo están íntimamente relacionados con las propias transformaciones sociales en un sentido amplio. Existen así diferentes “formas de ver” relacionadas con las prácticas y estilos de vida, que se reflejan posteriormente en los estilos de viaje.

En buena medida, la experiencia real buscada en los lugares estará confeccionada tanto sobre las propias expectativas como sobre lo que se comparte con el mundo que no queda “suspendido”, es decir, con aquellos que siguen con sus rutinas diarias (ir al trabajo, a la escuela, etc.). La propia publicidad y

los medios de comunicación realizan esa labor de generación de expectativas, desde el descanso y la desconexión hasta la aventura y la adrenalina. El turista compara sus destinos turísticos con su cotidianeidad, con su lugar de residencia y de trabajo habituales, buscando ese contraste con lo ordinario, lo exótico, lo fuera de “su” común. Así, en la mirada turística se aúnan gusto, cultura y clase social.

Lo que vemos es que el turismo ha ido virando de lo que Urry denominó “mirada colectiva” (aquella imagen color sepia que tenemos en mente cuando imaginamos el turismo masificado de sol y playa) a la “mirada romántica”: un turismo relacionado con la montaña, el desierto, los lagos; aquella mirada solitaria, nostálgica y contemplativa, cuyo fotograma está representado a la perfección por Instagram. Y, en los últimos tiempos, planteo, hacia una tercera “mirada”, la “mirada cotidiana”, con la que el habitar-turista se acerca a lo urbano, tratando de pasar desapercibido entre la muchedumbre que habita la ciudad, queriendo ser y comportarse como uno más. Esto tiene al menos dos motivos. El primero, la búsqueda de difuminación del visitante como tal entre aquello que MacCanell (2003[1976]) llamaba la “autenticidad representada”. Y el segundo, el habitar “politépico” (Stock, 2006), un habitar fugaz, no ligado a una residencia y donde el turista se convierte también en un habitante coproductor de la ciudad.

De este modo, el turista urbano en la era posmoderna, siguiendo la tipología de Russo y Quagliari, convive entre: a) la figura del turista tradicional, donde el viaje tiene ese carácter extraordinario, la oferta de servicios y negocios del sector es alta y existe una alta planificación y poca flexibilidad; b) la del nuevo turista cultural, con estilos de vida transnacionales (cosmopolita), que es un viajero constante y experto en moverse por la ciudad, no necesita planificación de las

operadoras turísticas y se quiere acercar a la cultural local, a su ocio nocturno, su gastronomía, etc.; y c) la del llamado “posbohemio”, que con un actitud hedonista opera entre en la escasez y lo “líquido”, con una baja vinculación territorial y cuya permanencia se puede extender en el tiempo (no tiene billete de vuelta ni maleta); con una vida laboral inestable y que da saltos biográficos constantes; que se acerca al mercado informal de la vivienda y trata de implicarse afectiva y socialmente con las distintas redes sociales y comunitarias de la vecindad. Esta última figura intersticial, que bien han definido Quagliari y Russo (2010), incluiría la existencia de turistas que se consideran a sí mismos “viajeros culturales”, visitantes de “lo urbano”, que no buscan fotografiar lo histórico, lo patrimonial en la ciudad, sino sencillamente estar.

Sin embargo, conviene no olvidar y se hace imposible no recurrir a las asimetrías que se dan en la relación turista-local: desde la novedad (exótica para el primero, rutinaria para el segundo) hasta el propio sentido del encuentro (ocio para uno, trabajo para otro) o la transitoriedad (relaciones laxas y superfluas entre uno y otro) (Sutton, 1967; San Martín, 2003). Un turista, por tanto, como un sujeto “aglutinador de experiencias vividas” basadas en la simulación de la cotidianeidad y buscadores al mismo tiempo de la “extrañación”. Saberse turista y no reconocerse como tal.

Conclusiones

Esta neoliberalización turística poscrisis trae consigo la captura de múltiples espacios que, al albor de la turistificación, están siendo retransformados. Esta nueva oleada turistificadora

ha afectado especialmente a los espacios urbanos, como anticipábamos unas páginas más atrás, de los países del capitalismo avanzado (los litorales y zonas de playa ya han sido reventados), que si bien ya estaban sufriendo profundos cambios socioespaciales que alimentaban la segregación y la polarización social, como he descrito en los anteriores capítulos, se vinculan ahora a la desposesión turística de barrios que han sido azotados por la crisis o donde las dinámicas de gentrificación ya han dejado un excelente paisaje urbano higienizado para un nuevo cambio social.

Es posible que el impacto del turismo sea uno de los desafíos a la hora de repensar la ciudad y la segregación socioespacial, tanto desde una lectura centrada en las nuevas burbujas inmobiliarias como desde una sociología de la vida cotidiana. Porque vemos cómo el mercado se está adaptando a la nueva realidad, dando respuesta a otro tipo de consumidor, no necesariamente con alta capacidad adquisitiva, pero sí con otras preferencias de consumo y ocio, mientras, no tenemos tiempo de repensar cómo queremos que sean nuestras propias relaciones sociales en la ciudad. Hacemos y rehacemos estudios urbanísticos para hablar de densidades, precios e impactos urbanos del turismo, mientras nos olvidamos de hacer estudios integrales sobre su impacto social.

Porque revelar y comprender las distintas posiciones, estrategias y alianzas adoptadas por los diferentes actores y grupos sociales afectados y/o involucrados en la veloz expansión del turismo urbano en el centro de muchas ciudades europeas requiere urgentemente afrontar y abordar la interacción compleja y no lineal entre el “derecho a la ciudad” y la disrupción de “la ciudad turística”.

Bibliografía

Aramayona, B.; Sánchez, R. G.; López, M. J. M.
et al. (2019): “¿Vecinos de toda la vida?: Nimby, ocio nocturno y desapropiación en centros urbanos. La Latina, en Madrid”, *Athenea Digital: revista de pensamiento e investigación social*, vol. 19, nº 1.

Belhassen, Y.; Uriely, N.

y

Assor, O

. (2014): “The Touristification of a Conflict Zone: The Case of Bil’in”, *Annals of Tourism Research*, nº 49, pp. 174-189.

Brossat

, I. (2019): *Airbnb: la ciudad uberizada*, Pamplona, KataKraK Liburuak.

Cañada, E.

y

Murray,

I. (2019): *Turistificación global. Perspectivas críticas en turismo*, Barcelona, Icaria.

Colomb, C.

y

Novy,

J. (eds.) (2017): *Protest and Resistance in the Tourist City*, Nueva York, Routledge.

Calle Vaquero

, M. (2019): “Turistificación de centros urbanos: clarificando el debate”, *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, nº 83.

Davidson,

M. y

Lees

, L. (2005): "New-build 'gentrification' and London's riverside renaissance", *Environment and Planning*, vol. 37, nº 7, pp. 1165-1190.

Fernandes

, J. R. (2011): "Area-Based Initiatives and Urban Dynamics. The Case of the Porto City Centre", *Urban Research & Practice*, vol. 4, nº 3, pp. 285-307.

Gil, J. y Sequera, J.

(2018): "Expansión de la ciudad turística y nuevas resistencias: el caso de Airbnb en Madrid", *Empiria: Revista de metodología de ciencias sociales*, nº 41, pp. 15-32.

Gotham

, K. F. (2005): "Tourism gentrification: The case of new Orleans' vieux carre (French Quarter)", *Urban studies*, vol. 42, nº 7, pp. 1099-1121.

Köhler

, A. F. (2011): "Cultural Heritage, Tourism and Public Management: Predatory Tourism and Heritage Devaluation in Igarassu, Brazil", *PASOS: Revista de Turismo y Patrimonio Cultural*, vol. 9, nº 2, pp. 265-278.

MacCannell,

D. (2003): *El turista. Una nueva teoría de la clase ociosa*, Barcelona, Melusina [escrito originalmente en 1976].

Muselaers

, M. F. J. (2017): "Touristifying Mouraria. The Impacts of Touristification and Responses of the Local Community in Mouraria (Lisbon)", tesis de máster.

Nofre, J.; Giordano, E.; Eldridge, A.; Martins, J. C.

y

Sequera, J. (

2018): "Tourism, Nightlife and Planning: Challenges and Opportunities for Community Liveability in La Barceloneta",

Tourism Geographies, vol. 20, nº 3, pp. 377-396.

O'Reilly,

K. (2007): *Emerging Tourism Futures: Residential Tourism and its Implications*, Newcastle/Tyne, Cambridge Scholars Publishing.

Quaglieri Domínguez

, A. y

Russo

(2010) "Paisajes urbanos en la época post-turística. Propuesta de un marco analítico", *Scripta Nova*, vol. XIV, nº 323. Disponible en <http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-323.htm>

Rofe,

M. W. (2003): "I Want to be Global': Theorising the Gentrifying Class as an Emergent Elite Global Community", *Urban Studies*, vol. 40, nº 12, pp. 2511-2526.

San Martín, J. (2003): "

Relaciones interculturales en el contexto turístico", *Boletín de psicología*

,

nº

77

, pp.

19-38.

Sassen

, S. (2014): *Expulsions: Brutality and Complexity in the Global Economy*, Cambridge, Harvard University Press.

Sequera, J., Cabrerizo, C.

y

Bachiller, P. (2017):

Mercado habitado. El mercado de Lavapiés en disputa. Una ciudad, muchos mundos, Madrid, Intermediae.

Sequera, J.

y

Nofre, J. (2018): "Shaken, not stirred: new debates on touristification and the limits of gentrification", *City*, vol. 22, n° 5-6, pp. 843-855.

Sequera, J.

y

Nofre

, J. (2019): "Touristification, transnational gentrification and urban change in Lisbon: The neighbourhood of Alfama", *Urban Studies*,

<https://journals.sagepub.com/doi/abs/10.1177/0042098019883734>

Stock,

M. (2006): "La hypothèse de l'habiter poly-topique: pratiquer les lieux géographiques dans les sociétés à individus mobiles", *EspacesTemps.net*. Disponible en:

<http://www.espacestemp.net/document1853.html>

Sutton,

W. A. (1967): "Travel and understanding: Notes on the social structure of touring", *International Journal of Comparative Sociology*, n° 8, pp. 217-223.

Urry

, J. (2002): *The Tourist Gaze*, Londres, Sage.

NOTAS

1 . Sequera, J.: “Mercados turistificados en Madrid”, El País, 14 de junio de 2017.

2 . Traducción propia.

3 . Traducción propia.

4 . “El habitus es el conjunto de principios o esquemas de formas de pensar, obrar y sentir propios de una determinada posición en la estructura social”, en García, J. S. M. (2017): “El habitus. Una revisión analítica”, Revista internacional de sociología, vol. 7, nº 3.

5 . “Mi definición del núcleo de la clase creativa incluye a las personas que se dedican a la ciencia y la ingeniería, a la arquitectura y al diseño, a la educación, al arte, y a la música y el espectáculo, y cuya función es generar nuevas ideas, nueva tecnología y/o nuevos contenidos creativos. Alrededor de este núcleo, la clase creativa también abarca a un grupo más amplio de profesionales creativos, en el mundo de la empresa y de las finanzas, en el ámbito legal y en el sanitario, y en otros campos relacionados” (Florida, 2010: 47).

6 . Ya Brooks (2001) parecía afinar en la descripción de los nuevos deseos y actitudes de esta clase, a los que denomina BoBos (bourgeois bohemian), que describe con ciertos tintes

sarcásticos en su explicación del declive de la sociedad WASP —White Anglo-Saxon Protestant—, mediante la emergencia de un cambio social generado por una recombinación de la vieja burguesía y los valores bohemios que surgen tras los cambios culturales de los sesenta y setenta del siglo pasado.

7 . Este concepto ha sido fuertemente criticado por Loïc Wacquant (2017): “Es constitutiva de la metrópoli el contener una diversidad de poblaciones y categorías, un amplio abanico de condiciones sociales, y una pluralidad de microcosmos sociales limitados, cada uno fomentando esquemas de percepción y aprecio en competencia. Se deduce lógicamente que la metrópoli genera una gran diversidad de conjuntos de disposiciones en competencia (correspondientes a amplias clases de posiciones y trayectorias), y no un habitus unificado y singular, característico de la ciudad como tal. Hablar de un “habitus metropolitano” (suburbano, etc.) es contagioso, pero de una palabrería bourdiana vacía”.

8 . Sistemas de disposiciones duraderas, estructuras estructuradas predispuestas a funcionar como estructuras estructurantes, es decir, en tanto que principios de generación y de estructuración de prácticas y representaciones (Bourdieu, en Alonso, 2005).

9 . El análisis que se ofrece, de la gubernamentalidad neoliberal sobre el espacio público, a través de dispositivos que tratan de clausurar las posibilidades de contestación, subversión y reapropiación del mismo, nos ofrece una desnaturalización de ciertas formas de gestión neoliberal, que permite líneas de fuga

y posibles resistencias que de algún modo, imposibiliten acabar con “lo público” del espacio público. Sin duda, incluso bajo regímenes de control como los estudiados, siguen proliferando resistencias que mantienen abierto el significado colectivo del espacio público como espacios del común.

10 . Para profundizar en los disturbios de Londres ocurridos en 2011, recomendamos “Reading the riots”, una investigación realizada por The Guardian y el London School of Economics and Political Science. Disponible en www.theguardian.com/uk/series/reading-the-riots

11 . <https://www.nytimes.com/2019/05/15/obituaries/george-kelling-dead.html>

12 . Gosálvez, P. (2014): “Ciudades que pinchan”, El País, 15 de junio. Disponible en <http://sociedad.elpais.com/sociedad/2014/06/13/actualidad/1402683725100674.html>

13 . Montaner, J. M. (2014): “La mutación del espacio público”, El País, 19 de junio. Disponible en <http://ccaa.elpais.com/ccaa/2014/06/18/catalunya/1403115184672543.html>

14 . Pellicer, L. (2014): “El Gobierno planea abrir la gestión de los barrios a entidades privadas”, El País, 23 de junio. Disponible en <http://sociedad.elpais.com/sociedad/2014/06/23/actualidad/1403549621457228.html>

15 . Ley Orgánica 4/2015, de 30 de marzo, de protección de la seguridad ciudadana. Disponible en: <https://www.boe.es/eli/es/lo/2015/03/30/4>

Índice

CAPÍTULO 1. ¿QUÉ ES LA GENTRIFICACIÓN?

La inversión de capital público y privado

La colonización de población con mayor capital económico y/o cultural

Transformaciones del paisaje urbano y comercial

Abandono, desplazamiento y segregación

CAPÍTULO 2. EL MITO DE LA CLASE CREATIVA EN LA PRODUCCIÓN DE LA GENTRIFICACIÓN

La fábula de la ciudad creativa

La trama de la clase creativa

Estilos de vida y consumo distintivo en los procesos de gentrificación

CAPÍTULO 3. SEGREGACIÓN, EXPULSIÓN Y DESPLAZAMIENTO EN EL ESPACIO PÚBLICO

La gubernamentalidad y el concepto de dispositivo

El espacio público atravesado por las políticas neoliberales

De la disciplina a la biopolítica: videovigilancia, burorrepresión y urbanismo preventivo

CAPÍTULO 4. TURISTIFICACIÓN, TRANSFORMACIÓN URBANA Y NUEVAS PRECARIIDADES

De los usos (y abusos) de la teoría de la gentrificación para explicar la turistificación urbana tras la crisis

Entonces, ¿qué es la turistificación?

Los impactos sociales de una ciudad airbnbizada

¿Y el turista? De lo exótico a lo cotidiano. Nadie quiere ser turista

NOTAS